

Criminalologia Moderna

Año II.

BUENOS AIRES, MAYO DE 1899.

Núm. 7

LA REFORMA JUDICIAL

Como sucede siempre, cuando se buscan las causas de los fenómenos sociales, dirigiendo las investigaciones hacia los hechos directos observados sin método y de un punto de vista unilateral, á través de principios preestablecidos que se toman por base y más allá de los cuales se juzga inútil toda indagación, se ha creído encontrar las causas del incremento alcanzado en estos últimos tiempos por la criminalidad en el territorio de la República, en aquellos factores aislados más comunmente observados por los que se han preocupado de la materia.

En general, los pocos estudios realizados hasta ahora han sido superficiales, adoleciendo del mismo vicio las medidas sugeridas por ellos, cuyo carácter parcial y represivo las ha hecho fracasar.

Si observamos con un criterio amplio y positivo las causas de la delincuencia, agrupando los respectivos factores según la sabia y universalmente aceptada clasificación de Romagnosi, se comprende, sin mayor esfuerzo, que debemos considerar en primer término el *defecto de justicia* como principal propulsor de la actividad criminal en el país.

Las estadísticas comparadas que se registran en las últimas memorias anuales del Consejo Nacional de Educación, acusan un estado satisfactorio en la instrucción pública, cuyo promedio es mayor que el de Italia, España y Bélgica, é igual al de Francia, siendo también muy superior al de todos los países latino americanos.

Y si el desarrollo de la educación alcanza tales proporciones, en relación á las condiciones de ambiente; si, no obstante la crisis económica que aún atravesamos,

existen en el país amplios y fecundos horizontes para el desarrollo productivo de la actividad humana en la lucha por la vida, como lo comprueba el aumento progresivo de la corriente inmigratoria que busca y encuentra en nuestro suelo facilidades de trabajo, forzoso es convenir, ante la elocuencia de las cifras, en que el defecto de educación y el de subsistencia, como factores de la criminalidad, tienen hoy escasa importancia, con relación al anteriormente apuntado, es decir, al defecto de justicia, verdadero nucleo del mal.

El asunto está á la orden del día. La vocinglería popular y las campañas periódicas empeñadas han tenido la virtud de incitar la acción administrativa que no podía hacerse esperar. Aunque algo tarde, ha sonado la hora: *¡Sursum corda!*

Pero es de lamentarse que, si bien se conviene en la gravedad del mal y en la urgente necesidad de proveer á su tratamiento, se incurra, al buscar el remedio, en el consabido defecto que anotábamos al principio. Es el error del diagnóstico, y, por consiguiente, el de la terapéutica, provocados ambos por un fenómeno de polarización social que hace converger la atención hacia los funcionarios judiciales, contra quienes se acumulan verdaderas montañas de concretos no siempre fundados, olvidándose completamente las deficiencias orgánicas de la ley y de la institución.

No somos de los que creen que el mal reside en las personas ó cuando más en los medios y formas de su elección, por que ello importa confundir la localización de tales ó cuales síntomas con el verdadero foco de la enfermedad.

Aquí, como en todas partes, existen y

existirán siempre, cualesquiera que sean los sistemas imperantes, algunos magistrados que hagan sombra á la institución, pero saturar por ello la impresionabilidad popular con propagandas efectistas contra los jueces, afirmando que la magistratura está completamente entregada á manos prevaricadoras é ineptas, es desprestigiar sin discernimiento la dignidad de la judicatura, atentando de ese modo contra el orden interno y contra el crédito exterior, y fomentando así la perpetración de nuevos delitos, sin la atenuación de los que con tales medios se pretende combatir.

Los que así descienden de la crítica serena para hacer armas de la befa grotesca y parcial, olvidan á menudo que: "*Le persiflage est la raison du fait, comme le duel est la raison du spadassin. Pour persifler les autres, il faut être soi-même un Caton, et quand on est Caton, on ne persifle pas.*"

Es necesario meditar seriamente sobre este punto y aplicar á él la dura enseñanza de ejemplos que están demasiado frescos, para que se hayan podido olvidar.

En épocas anteriores de desorganización moral, las pasiones políticas y la propaganda de la prensa local, llegaron hasta casi neutralizar la acción de la Policía cuyo descrédito dió margen á un aumento notable en el desarrollo de la delincuencia, manifestada especialmente en los delitos de desacatos y agresiones contra la autoridad.

El conocimiento de las personas, la práctica profesional y los hechos que diariamente se desarrollan á la vista de todos, nos autorizan á reivindicar, en principio, la dignidad de nuestra magistratura que, á despecho de todo y con las escasas excepciones reconocidas, cuenta hoy con funcionarios rectos é idóneos que hacen honor á su elevada misión.

Es necesario, entonces, buscar las causas generales del mal, no ya en las personas, sino en las instituciones y en las leyes que las rigen, abordando, una vez por todas, la reforma orgánica y radical, y cortando por lo sano sin vacilaciones pueriles, en las causas originarias del malestar.

El cúmulo de cargos relativos á la paralización de las causas, justicia cara é ineficaz y demás deficiencias que exageradamente se atribuye á la sola desidia ó venalidad de los jueces, tiene su principal y evidente explicación en la decrepitud é

ineficacia de las leyes de fondo y de forma que nos rigen y que desde su promulgación (algunas datan del año 1863, como las del fuero federal) no han sido modificadas, apesar del enorme adelanto alcanzado en ese lapso de tiempo por las ciencias jurídicas y sociales!

Por lo demás, la amovilidad de los funcionarios judiciales, la simplicación de las respectivas jurisdicciones y demás reformas hasta ahora proyectadas, son meros paliativos de oportunidad que, aplaudidos hoy sin mayor exámen por el grueso de la opinión, serán bien pronto desautorizados por el tiempo y la práctica institucional.

Nuestra legislación procesal, sacrificando la justicia á la forma y la verdad al procedimiento, parece haber sido inspirada en el propósito de favorecer la chicana crónicamente inveterada en nuestros tribunales. Todo el mundo sabe que cualquier procurador medianamente versado en los recursos dilatorios de la sustanciación, puede prolongar por varios años la tramitación del más sencillo litigio.

Pregúntese á un inquilino moroso, por ejemplo (y en nuestro sistema actual el juicio de desalojo es el más rápido y sumario) cuántas veces puede duplicar el término del lanzamiento; pregúntese á un deudor recalcitrante, hasta dónde puede obstaculizar la marcha del juicio ejecutivo y deferir la sentencia de remate; pregúntese, en fin, á un reo convicto *in peto* de su crimen, cómo se puede desvirtuar la *prueba legal* de su culpabilidad, y todos responderán, con altanera sonrisa, que los recursos puestos en juego solo importan el ejercicio de sus *derechos* expresamente consagrados por las leyes que ni la severidad de los Jueces, ni la actividad de las partes, podrían menoscabar.

De ahí la impunidad de los culpables, el lamento ciego de las víctimas y el consiguiente aumento de la criminalidad.

El procedimiento oral y público como sistema uniforme y general, apesar de los inconvenientes salvables que pudiera entrañar, y la implantación del juicio por jurados en materia criminal, son hoy por hoy las únicas bases serias y posibles para el restablecimiento de la justicia rápida barata y eficaz á que todos aspiramos y que actualmente solo se concibe como una vaga esperanza de la cultura social.

En este orden de ideas, no alcanzamos á comprender cómo el ministro de justicia Dr. Magnasco cuyas ilustradas y enérgicas iniciativas son harto conocidas, se ha detenido á la mitad de la jornada, descuidando la faz más importante del problema y exagerando quizá la trascendencia relativa del factor personal.

El aspecto constitucional de las reformas proyectadas puede presentar serios obstáculos á la aprobación legislativa, en cuanto á la amovilidad, y enjuiciamiento por jurados de los jueces ordinarios de la capital, suscitando serias resistencias que llevadas á la decisión de la Suprema Corte de Justicia, darían margen á un interesante debate de árdua y complicada solución.

Pero cualesquiera que sean las deficiencias y resultados de los proyectos á que nos referimos, es indudable que ellos significan un plausible esfuerzo hácia la rehabilitación, y en este sentido, no puede desconocerse los elevados propósitos que han informado la actitud del Ministro del ramo y cuya acción reparadora se hará sentir quizá en un terreno más amplio y trascendental.

RICARDO DEL CAMPO

El Jurado en materia criminal

Su implantación en la Rep. Argentina⁽¹⁾

Ecos de la prensa nacional

Empeñados, como estamos, en la propaganda á favor de la implantación del jurado en la Argentina, seguimos con interés creciente las manifestaciones de opinión de la prensa periódica destinadas á repercutir é influir necesariamente en las altas esferas del gobierno.

Como ya lo hemos dicho en números anteriores de la Revista, el tema no es nuevo ni original: varias tentativas han sido hechas desde la vigencia de nuestra constitución nacional, tanto por funcionarios públicos como por particulares, bastando recordar que en una comisión del Congreso Nacional duerme encarpetaado un proyecto de ley poniendo en vigencia el preparado, por comisión oficial, por los doctores González y Plaza; y que con motivo del elaborado diez años después

por el distinguido Ministro de la Suprema Corte, Dr. José Domínguez, se produjo también un movimiento de opinión que reflejó la prensa diaria de esta capital, repitiéndose ella en 1886 á propósito del proyecto sobre publicaciones que sancionó el Senado y en el que se estableció y reglamentó el Jurado con bases de ampliaciones futuras al juzgamiento de los delitos comunes. Pero cada una de aquellas iniciativas ha sido combatida por un espíritu fuertemente arraigado en las preocupaciones reinantes y que ha conseguido obstaculizar la implantación de una reforma judicial *impuesta como institución* en la constitución nacional.

El Jurado no es tan desconocido en nuestras prácticas judiciales; y si el de imprenta no es apreciado más ventajosamente, es debido á su rudimentaria organización (1828), lo que, asimismo, no ha impedido que muchos litigantes lo prefirieran á los tribunales letrados y que hoy se le recuerde con simpatía por su breve expedición y fallos justicieros.

No nos explicamos el obstruccionismo sino por un aferrado espíritu conservador, mal entendido y peor analizado: el pueblo interviene en la elección de los poderes políticos del estado, que dictan y cumplen leyes, pero en cuanto á su interpretación ó aplicación debe permanecer mudo y extático ante los umbrales del templo!...

Los jurados populares, tan expuestos son á errores como los togados; quizá éstos más que aquéllos, tratándose de la complicada apreciación de los hechos humanos cuya operación no es, por cierto, de orden científico. Sucede á menudo que el juez profesional, sometido á la letra muerta de los procedimientos escritos, contrariando los dictados de su conciencia moral y, envuelto en telaraña, produce fallos muy ajustados al casuismo legal: *dura lex, sed lex*.

Las colectividades, como los individuos, siempre tienen que experimentar y aprender: la intemperancia juvenil, los anhelos ardientes en razón directa de impulsos de raza y de clima, la inexperiencia, el efectismo meridional, y tantas otras causas inherentes, son factores terribles en el encadenamiento del progreso material y moral. Así coincidiendo con nuestra iniciativa ó prédica sobre el Jurado, dos casos de legislación extranjera producidos *ad portas* de la Argentina, han motivado en la prensa diaria su exaltación y depresión, según sea «la justicia inglesa y la justicia en el Plata»: el brevemente juzgado á bordo del buque británico «Swallow» y el del matador del presidente de la república del Uruguay. Según los adversarios, para no mencionar los partidarios, la tradicional institución, siendo fecunda para los ingleses y fatal para los orientales, sin más ni menos razonamientos, se deduce silogísticamente que ella es inadecuada.... para el país neutral: la Argentina! Pero, asimismo, indagamos que el Jurado en la Oriental del Uruguay deja de ser mistificación cuando el *primer veredicto* es confirmado por los ulteriores de la instancia cuyos tribunales son mixtos de profesionales y profanos. Allí la ley ni califica los jurados ni limita la instancia á una *única* como conceptuamos que debe

(1) V. Entregas Nos. 1, 5 y 6.

ser para la apreciación de los hechos delictuosos, ni por el número de jueces garante el veredicto. Esa ley, que tan sabiamente sintetizó en su artículo 301 las funciones del Jurado, no fué consecuente al organizarlo. Probablemente las mismas incertidumbres de esta margen del Plata la contruvieron y obligaron á ensayar incompletamente el sistema, lo cual, asimismo, honrará siempre á sus precoces legisladores.

Mas notamos que al *calamo currente*, estas líneas van excediendo el epígrafe: queríamos cumplir la promesa á nuestros lectores de reproducir ó condensar los juicios emitidos por la prensa periódica que han llegado á nuestra modesta mesa de redacción. Al cumplirla en la medida del espacio disponible, reflejamos la opinión general á favor de nuestro tema, incluyendo la de nacionales y extranjeros. Los últimos, por lo familiarizados con las prácticas del Jurado, y por pertenecer á la casa, excusaran la omisión.

« CRIMINALOGÍA MODERNA »

EL JURADO

Se sabe ya que, desde los últimos meses del año anterior, se publica una revista mensual con el título de CRIMINALOGÍA MODERNA, que cuenta con un excelente cuerpo de redacción y con un buen número de colaboradores del nuevo y viejo mundo, caracterizados por sus estudios especiales sobre aquella parte de las ciencias jurídicas.

El primer número de la Revista contiene un interesante artículo del doctor Julián L. Aguirre sobre el jurado. Antiguo juez del crimen, miembro de una cámara de apelaciones, gobernador de una provincia, presidente de la Comisión de Cárceles, el doctor Aguirre ha revelado siempre una predilección marcada por aquella institución, que ha podido examinar y ha estudiado, efectivamente, en el ejercicio de sus diversas funciones, con una competencia excepcional.

En el artículo á que nos referimos se trata del jurado en materia criminal y de su implantación en la República Argentina. El autor examina nuestros antecedentes jurídicos, los diversos proyectos é iniciativas que sobre el particular han surgido, y demuestra claramente que el jurado es una prescripción de nuestro derecho, un mandato constitucional y un complemento necesario de nuestras instituciones judiciales.

Adoptado en todas las naciones europeas, en muchos estados de América, y hasta del Asia, el jurado es, principalmente, una función propia de la democracia, un instrumento poderoso de educación y un medio de habituar á los ciudadanos al ejercicio del gobierno propio.

Debe leerse el estudio interesante del doctor Aguirre.

* *

La honda impresión que ha causado en la sociedad el lance sangriento ocurrido en las calles de la ciudad, entre dos personas conocidas y apreciadas, y el desenlace rápido é inesperado del procedimiento judicial que abuelve al matador, permitiéndole asistir á los funerales de su víctima, está indicando que hay en la legislación y en el procedimiento un vicio que es necesario corregir y subsanar.

.....

Todo eso, como decíamos al principio, está denunciando un defecto, una omisión, algún mal en el procedimiento judicial. La sociedad no tendría por qué impresionarse á la vista de tal desenlace de un episodio trágico y sangriento, *si fuese la sociedad misma la que juzgase al procesado*. Y es esto precisamente lo que ha querido la constitución nacional, cuando en diversos artículos ha establecido que todos los juicios criminales ordinarios que no se derivan del derecho de acusación concedido á la cámara de diputados, terminen por jurados.

El art. 24 de la constitución ha prescripto ó impuesto el establecimiento del juicio por jurados. El art. 67 inciso 11, al final, atribuye al congreso la facultad ó el deber de dictar las leyes requeridas por la organización de ese juicio. El art. 102, en fin, prescribe, de manera más precisa, el jurado para la terminación de todos los juicios criminales.

Y el jurado, como se ha dicho por algún eminente publicista, es la justicia administrada por la sociedad misma, de cuyas filas salen y á su seno vuelven los jueces populares, con la conciencia de sus derechos y de sus responsabilidades.

Hay un gran deber que cumplir, por lo tanto, en la República, y ese deber consiste en crear la institución del jurado, como el complemento necesario de la organización judicial, en el orden penal: es el cumplimiento de la constitución.

Hace muchos años que se trata de llenar ese vacío, y varios proyectos han sido formulados al respecto, mereciendo alguno de ellos la sanción de una rama del Congreso. Pero cuando debía esperarse que tales iniciativas tuviesen naturalmente su coronamiento feliz, se ha reaccionado contra ellas, y hemos retrocedido en vez de adelantar.

Es que hay una lucha de preocupaciones y de intereses que no es posible disimular. Los hombres del foro, los abogados ó jurisperitos, son muchas veces adversarios del sistema del jurado, y hemos oído con pena á un distinguido jurisconsulto afirmar que la constitución no declara obligatorio el jurado, sin duda por tener en ese momento una noción incompleta de ella, ó por haberse borrado de su espíritu la impresión de su lectura.

El jurado popular entra en el número de las instituciones judiciales que crea expresamente la constitución. El Congreso ha debido crearlo, del mismo modo que ha establecido la Corte Suprema y los demás tribunales y jueces de la nación.

El jurado es además una gran institución social, eminentemente educadora y propia del sistema de gobierno que se basa en la capacidad popular. Esa institución da al ciudadano la conciencia de sus deberes y sus responsabilidades, le enseña á conocer las leyes, le habitúa á ejercer sus derechos, y le da la mejor noción del orden y de la libertad, de la justicia y del gobierno. Es por eso que se le ha llamado la más grande escuela práctica del ciudadano.

Muchos sofismas, por otra parte, se han hecho valer para aplazar ó suprimir el jurado, siendo el argumento más común, esgrimido con ese fin, el de que este pueblo no está preparado para el ejercicio de esa institución, como si hubiese estado mejor preparado para el ejercicio del gobierno propio.

Tres siglos después de establecido el jurado en Inglaterra, muchos de los pares que se sentaban en el

parlamento no sabían escribir ni leer: ¿cuál sería la condición de las otras clases sociales, de cuyas filas salían exclusivamente los jurados comunes? Y, sin embargo, el jurado es una de las más grandes glorias de que se envanece la nación inglesa.

Sin duda algunos inconvenientes ofrecerá en la práctica, entre nosotros, la institución del jurado. Pero, ¿acaso no los ofrece el sistema actual, ó la institución de los jueces de derecho, para la sustanciación y resolución de las causas criminales? Responda la conciencia pública, impresionada actualmente por el fallo judicial recaído en el proceso ruidoso de estos días.

JURADO Y FUERO

EN TORNO DEL MENSAJE

El mensaje con que el poder ejecutivo acompaña el proyecto de ley que reorganiza la justicia federal hace mención de dos reformas importantes, en mayor ó menor grado, que la opinión reclama, que han sido solamente prometidas, ó que surgen de las evoluciones y acontecimientos realizados en el orden nacional, en los últimos tiempos.

La primera de ellas es el jurado en materia criminal. Después de haber figurado como precepto en nuestros primeros ensayos constitucionales, se inscribió definitivamente en la ley fundamental de la nación. Se encuentra en el capítulo de las declaraciones, derechos y garantías, como que se trata, en efecto, de una garantía primordial, que nace del gobierno propio; se halla en la enumeración de las facultades del congreso nacional, encargado de hacerla efectiva, y por último en la parte relativa al poder judicial, como que es uno de los elementos esenciales de la justicia.

El mensaje hace suponer á veces que una convicción fuerte anima al poder ejecutivo, en uno y otro caso, demostrándole la necesidad y el deber de no retroceder ante esas reformas de la administración judicial. No es lícito olvidar, dice, que, hoy por hoy, en el régimen de nuestras instituciones falta el complemento democrático del jurado. En cuanto á la justicia *ordinaria*, es reputada como una creación híbrida en las instituciones federales.

Hay en el mensaje, sin embargo, ciertas reticencias á ese respecto. Después de consignar las disposiciones constitucionales que marcan *preceptivamente* al congreso el deber de promover el establecimiento del juicio por jurados y que consagran el principio de que todos los juicios criminales ordinarios se terminarán por jurados, se cree hallar, en la constitución misma el motivo de una dilatoria que podría alejarnos indefinidamente del «complemento democrático» de nuestras instituciones en materia de justicia criminal, haciendo depender del congreso ordinario el cumplimiento ó la efectividad de aquel principio fundamental.

Eso no obstante, el poder ejecutivo declara que estudia la cuestión inclinándose á proponer el jurado, por vía de ensayo, con ciertas limitaciones. Aun es posible que no termine el actual período parlamentario sin que someta al congreso el resultado de sus estudios, lo que celebraríamos.

En uno y otro caso se imponían, á nuestro juicio,

conclusiones diversas. El poder ejecutivo no debía vacilar en la aplicación de sus propias doctrinas, sobre todo cuando sólo se trataría de librarlas á la discusión del congreso y del país y desde que sólo entrarían en práctica cuando hubiesen pasado por el crisol de la ley, lo que significaría un convencimiento bastante profundo y una ~~te~~ completa en la eficacia de las nuevas instituciones.

Refiriéndonos al jurado, creemos que nada mejor podría hacer la administración actual que proponer con firmeza, y sin limitación alguna, el establecimiento de esa institución. Es la gran reforma que reclama la justicia criminal, para ser la justicia rápida, económica y ejemplar.

Y aun cuando no fuese ejemplar, aunque adoleciese de errores ó defectos, siempre sería preferible cien veces al sistema actual. Hay que echarse al agua para saber nadar: el jurado se formará y progresará cada día, con la conciencia pública, por la cual será iluminado y que, á su vez, recibirá sus luces.

Como acaba de decirlo un antiguo magistrado, el jurado es una planta de la libertad y de la democracia que ha de desarrollarse con ella en la tierra argentina. Bajo nuestro sistema de gobierno es incomprensible esa eterna duda respecto de la capacidad del pueblo para suministrar jurados, cuando la tiene para elegir los que dictan las leyes y presiden al gobierno de la nación.

Tribuna.

EL JUICIO POR JURADOS

A propósito de la rapidez con que ha procedido la corte naval del «Shallow» en la sustanciación de la causa criminal de la «Mary A. Troop», ha podido notarse la diferencia enorme que existe entre el procedimiento criminal argentino, excesivamente lento, y la brevedad sumaria del procedimiento inglés con sus jueces por jurados.

Ello ha motivado un suelto en *La Prensa*, en el que se hacía notar este caso práctico, suelto que ha sido reproducido hoy por el colega inglés *The Standart*, agregándole varias consideraciones que juzgamos muy justas.

The Standart opone el caso de la «Mary A. Troop», al proceso Wanklyn—Echegaray que, iniciado á principios del año pasado, la causa aun está para sentencia. Como el presente caso se encontrarían muchísimos otros si se recorren los anales de la justicia criminal argentina.

La lentitud de los procesos criminales en nuestro país, lentitud que semeja el pesado andar de la carreta tucumana, es proverbial, y no es de ahora solamente que la necesidad de una reforma haya sido sentida por la opinión pública.

Ante el ejemplo presentado, con especialidad por los pueblos de la raza sajona, de la sabia institución del juicio por jurados, esa reforma, sentida en este país, tiende á hacerse en el sentido de instituir tales tribunales en la Argentina.

Nuestra Constitución misma preve la reforma al autorizar al poder legislativo para la creación de los juicios por jurados.

Esta institución tal vez muy pronto sea un hecho en este país, pues el juicio por jurados, mirado en un principio por los poderes públicos con un criterio adver-

so, es considerado ahora por los mismos que lo juzgaban con desfavor, como una reforma útil á la nación.

Sería una reforma que haría época en la historia de las instituciones judiciales argentinas.

El Nacional.

* * *

EL JUICIO POR JURADOS

En estos últimos días se ha debatido un tanto la cuestión relativa á las reformas fundamentales reclamadas por la administración de justicia en la República. Con tal motivo, se anunció que el Ministro del ramo se ocuparía de ella con criterio radical, hasta el punto que llegaría hasta proponer el establecimiento del juicio por jurados; y aprovechando la oportunidad, los partidarios de esta institución en el país han renovado demostraciones anteriormente emitidas en favor de la mencionada reforma.

Dos jurisconsultos y autores conocidos por sus trabajos en la materia han hecho oír de nuevo su opinión en una revista nueva de derecho penal; algunos jóvenes letrados iniciaron hace poco un movimiento de simpatía en el mismo sentido; y también mucho antes el problema fué no sólo de debates científicos, sino que llegó á la forma de un extenso proyecto de ley y de una sola sanción legislativa.

Así, pues, la promesa que las asambleas, congresos y convenciones constituyentes vienen haciendo á la nación desde 1819 hasta 1853, y los mandatos imperativos y claros de la Constitución vigente, en el sentido de establecer en la República aquella forma de juicio criminal, si no han hecho camino en los consejos gubernativos, ni tampoco en las cátedras universitarias — donde apenas se da noticia de las cláusulas alusivas — no ha dejado de realizarse alguna conquista en el terreno de la opinión pública y de los hombres de ley.

Entretanto, el caso constitucional es muy claro: es un mandato no sujeto á más condición dilatoria que la del tiempo material necesario para preparar la implantación del nuevo sistema, pero en ningún modo á la de la sola voluntad ó discreción del Congreso, que quiera ó no establecerlo, como si se tratase de una ley de su exclusivo resorte. Y como este ha sido uno de los argumentos más socorridos de los que resisten el jurado, bueno es, por el método más sencillo, demostrar su error con la simple reproducción de los textos constitucionales relativos.

Como una de las garantías de libertad, incorporadas á nuestro derecho público con el sistema político más perfecto de los tiempos, los autores de la Constitución inscribieron en ella, artículo 24, esta cláusula imperativa: «El Congreso *promoverá* la reforma de la actual legislación en todos sus ramos, y *el establecimiento del juicio por jurados*».

Y luego, en el capítulo destinado á las atribuciones del mismo Congreso, se le ha dado el poder necesario para realizar aquella reforma, diciendo, artículo 67, inciso 11, que, además de los códigos comunes, dictará *especialmente* las leyes generales que requiera el establecimiento del juicio por jurados.

En pocas materias la Constitución ha observado mayor unidad, concordancia y lógica que en ésta; porque, después de inscribir el *mandato*, ha otorgado el *poder*

para cumplirlo, y, por último, ha delineado la *forma*, en el artículo 102, comprendido entre los que crean y organizan el poder judicial de la nación.

«*Todos los juicios criminales ordinarios* — dice — que no se deriven del derecho de acusación concedido á la cámara de diputados, *terminarán por jurados, luego que se establezca en la República esta institución.*» Esto es, que ninguna excepción, además de la establecida expresamente del juicio público, podrá crear la ley orgánica del Jurado, en favor de ninguna otra clase de juicio. Y la cláusula, lejos de contener una autorización al Congreso para dictar ó no dicha ley, no hace más que guardar una relación lógica con las anteriores.

Por otra parte, se propuso guardar una estricta concordancia con las mismas en cuanto significan una garantía para la defensa, una seguridad para el castigo de *todos los delincuentes* comunes y, una conquista democrática inherente al sistema de gobierno adoptado, el cual, ellos lo comprendieron muy bien, no era posible arrai- garlo en la práctica si no se fundaban á la vez estos dos grandes elementos: el municipio y el jurado.

Ei Congreso, por su parte, ha entendido que el mandato de promover la reforma de la legislación en general, y especialmente la del juicio por jurados, era más urgente é inmediato para lo relativo á los códigos comunes que á la referida ley especial; de donde proviene que todos aquéllos se hallen sancionados y reformados hasta dos veces, mientras que las dos únicas tentativas en favor de la segunda apenas han tenido un eco débil y tímido en el Poder Legislativo.

La razón de este extraño criterio radica, sin embargo, en más hondos fundamentos. En el desarrollo constitucional de nuestro país se han manifestado siempre con más vigor, libertad y firmeza todas aquellas instituciones que más se apartan de la vida política de la nación, mientras que las más relacionadas con ésta, ó que son esencialmente políticas, no han prosperado en absoluto, porque nunca los gobiernos las quisieron comprender, ni les prestaron francamente su apoyo, por el solo amor del progreso político de la República.

Así ha ocurrido con el régimen municipal, cuya vida anémica en todas las provincias y la capital es notoria; así ha sucedido con el juicio político, convertido, no en esta función judicial de la Legislatura en defensa de las libertades, de los preceptos administrativos ó de la moralidad gubernativa, sino en arma de círculos parlamentarios ó designios ejecutivos de índole puramente electoral; y así, por fin, ocurre con el juicio por jurados, cuya virtud educativa, moralizadora y eficaz para las libertades del ciudadano sólo aquí se quiere desconocer en la práctica, ya que todos se armonizan en admitirlo en la región impalpable y abstracta de la teoría.

Cuando se trata de esta clase de reformas, que requieren el concurso de todas las energías constitutivas del carácter nacional, es cuando aparecen en toda su pureza los elementos particulares que entraron en su formación. La rutina, la inmovilidad, la cristalización, el culto de lo establecido, se manifiestan en espíritu colectivo, en toda su destructora pesantez, oponiendo resistencia á los naturales y vigorosos impulsos propios de la raza. Y si fuéramos á probar que aquellos elementos han invadido ya casi toda la vida gubernativa argentina, no tendríamos más que indicar la administración pública y la educación general.

Muchas grandes ideas, iniciativas y reformas, de

cuya sola virtualidad obtendría la sociedad inmensos bienes morales y materiales, no se convierten en un hecho porque la vasta telaraña difundida por el espíritu de rutina ha cegado todos los criterios y muerto todas las voluntades, á punto de que nadie cree posible poner siquiera un adarme de fuerza para su realización práctica y no necesitaríamos demostrar esta afirmación, que tiene su prueba en las diarias ocurrencias de nuestra vida municipal y nacional.

Pero también, si un día aparece un carácter, una voluntad, una fuerza capaz de desafiar preocupaciones semejantes, y, noblemente inspirado en el bien público y en los destinos del país, se resuelve á consagrarse á la obra práctica, echando sobre sí todo el peso que debieran cargar los demás, y triunfa en la lucha como siempre acontece, entonces, la misma unanimidad que antes pugna en contra de su idea, se vuelve su colaboradora más eficiente. Esto está escrito en el alma de las colectividades por la mente eterna que modela las formas, dicta las leyes de la vida y mueve las funciones de los organismos sociales, y es deber de los hombres de estado el conocerlos para dotar á su país de progresos verdaderos, no destinados sólo á halagar los ojos, sino á mejorar las condiciones esenciales de los destinos colectivos.

No queremos tomar en cuenta otras objeciones, como la consagrada sobre incapacidad del país para practicar el jurado, primero, porque todos ellos son una triste demostración de aquellas mismas apatías ó regresiones del medio intelectual; segundo, porque todas han sido combatidas con éxito en el campo de la discusión teórica, y, por último, porque tenemos el firme convencimiento de que este problema no es teórico sino práctico, no de derecho sino de hecho; de tal manera que si hubiese en el gobierno ó en el congreso un designio firme é inquebrantable de llegar á la nación una conquista política tan grande, se convertiría en el mismo instante en un anhelo público unánime, caluroso, supremo.

En el curso de las intermitentes discusiones públicas sobre este asunto se ha citado los nombres de todas las naciones contemporáneas que mantienen y mejoran cada día el juicio por jurados, y es en verdad elocuente é incontestable argumento contra la impracticabilidad, y otras objeciones aconsejadas por la inercia ó el temor á las experiencias, el hecho de que los Estados más cultos, mejor gobernados y de mejor justicia, lo sostienen ó lo adoptan en reemplazo del viejo sistema procesal escrito, como ha sucedido en España, cuyo ejemplo, por mil razones, debiera preocuparnos al tratar de esta cuestión.

Tampoco vamos en nuestras instancias hasta reclamar un cambio brusco, ni una adopción inconsulta de modelos malignos ó experimentados en otros y distintos pueblos, porque desconoceríamos algo muy elemental en materia de legislación; pero sí creemos que puede y debe comenzarse á cumplir los preceptos constitucionales ya reproducidos, que mandan *promover* esa reforma, por medio de *leyes generales* tendentes á conseguir el establecimiento del jurado, por medio del cual, una vez establecido, so terminarán todos los juicios criminales ordinarios, con sólo dos excepciones, una de fondo y otra de forma, esto es, la relativa á los acusados por la Cámara de Diputados y la relativa á los casos del derecho de gentes ó jurisdicción marítima externa.

La Prensa.

COLABORACIONES EXTERIORES

(Especiales y exclusivas para *Criminalogia Moderna*)

DE CESAR LOMBROSO — TURÍN

La dismaternidad en la mujer delincuente

Una de las acusaciones que con más frecuencia se hace á mi escuela consiste en objetar que la teoría es incierta, desde que yo mismo he debido convenir en que la mujer delincuente no presenta, ó presenta sólo, en ínfimo grado, el famoso tipo que he asignado á los criminales.

En verdad, he observado ya que, si pequeño es el porcentaje de las mujeres que presentan el tipo, no lo es menos el de las mujeres criminales en comparación con los criminales masculinos.

Ya lo he dicho: el delito en la mujer hay que buscarlo bajo otras formas que las admitidas por los códigos; porque así como el delito en la historia de la civilización sigue su evolución; así como se acentúa preferentemente el delito de estafa en los pueblos civilizados y el de homicidio en los pueblos bárbaros, así también la criminalidad de la mujer es específica, limitada á lo que es precisamente su función social: al amor y á la maternidad. He dicho que la prostitución en la mujer corresponde, más ó menos, á todas las gamas del delito en el hombre, y así los estigmas de la mujer he demostrado que se encuentran en la falta de los caracteres femeniles, ya sea corporales (aspecto viril, vellos desarrollados, cabellos oscuros, etcétera), ya sea morales en la dismaternidad y falta de pudor.

La idea de la dismaternidad ha encontrado serios opositores, uno de ellos digno de la más alta estima y consideración: Griffith, director general de las cárceles inglesas. Él dice que las mujeres criminales que ha observado en las cárceles inglesas se mostraban extraordinariamente afectas hacia sus niños y extremadamente adictas ó ligadas al amante que las había inducido quizás á ejecutar el delito que compurgaban.

Pero es especialmente sobre la persistencia del sentido de la maternidad que yo disiento con mi ilustre colega. Este afirma que no ha observado jamás lo que yo llamaría *dismaternidad*, aquel tedio ó aversión hacia los hijos, que yo anotaría como característico de los criminales, y que, por el contrario, ha visto que cada nuevo niño es una fiesta especial de las madres encarceladas, quienes adoptan el hijo pasándoselo de mano en mano. Pero es necesario notar aquí, ante todo, la muy diversa condición de la permanencia en la cárcel, en que la vida está artificialmente alterada, y la habitación en el mundo libre, donde los instintos perversos tienen libre desahogo. Aun el *aberitschau*, el horror al trabajo, que es tan característico en el criminal nato, en los largos ocios de la cárcel, sea por reacción al excesivo reposo, por

obediencia á las órdenes carcelarias ó porque no existe otro medio de proporcionarse alguna ración suplementaria, falta del todo en las cárceles, hasta el punto de que se diría que muchas veces los presidiarios son los más activos trabajadores del mundo, aun cuando no sea más que para pasar el tiempo. Pero cuando pueden salir y disponer de sí mismos á medida de su deseo, vuelve la tendencia, y aun aquellos que parecían los más activos, se entregan por completo á las orgías del ocio.

Así, siendo la maternidad un sentimiento esencialmente normal y común á casi todos los seres, es natural que resida ante todo en las mujeres criminaloides que forman la mayoría en la cárcel, y aun en las criminales natas cuando se colocan en condiciones de aparentar un sentimiento cuya falta es una inmensa vergüenza.

(Es sabido que los hombres tratan siempre de aparentar las cualidades que no tienen, y hasta los cortos de vista ó semiciegos simulan una visión perfecta).

Agréguese á esto que en las cárceles, con el ocio forzado, con la segregación misma, muchos de los pesos de la maternidad no se sienten ya, quedando, en cambio, sus distracciones.

En cuanto á las que no tienen que soportar directamente aquellas cargas, y si tan sólo gozan de sus ventajas, como las de acariciar ó mecer un niño, es natural que demuestren en ello un vivo interés; todo es para ellas un placer sin ninguna contrariedad, y así se comprende que una nodriza carcelaría acoja á un niño como una agradable novedad de que todos se complacen en participar; pero cuando se hace abstracción de estas circunstancias particulares y de las criminaloides, el hecho de la dismaternidad impresiona de una manera extraña en las cárceles, á lo menos en las de Italia. Siendo médico de las cárceles, he intervenido muchas veces para que, á pesar de los reglamentos absurdos é inhumanos que rigen en Italia, se permitiese á las madres amamantar á sus hijos en la celda, aunque sin ninguna gratitud por parte de ellas. Alguna vez, sin embargo, tratándose de criaturas de dos ó tres meses, he debido provocar la separación del niño, porque la madre, que estaba, no obstante, ociosa y sin quehacer alguno, decía que no quería tener ese trabajo, y, en efecto, dejaba crecer el niño sin alimentarlo y sin cuidarlo.

Recuerdo que una de éstas demostraba un verdadero desprecio á una compañera que se levantaba durante la noche y hacía de madre á la niña abandonada.

La segunda era, sin embargo, una ladrona doméstica criminaloide.

Muchas veces el sentido de la maternidad es simulado para provocar compasión ó para proporcionarse una distracción en la cárcel. Me viene á la memoria una zíngara *prima* para estafadora, que produjo un escándalo para que se le permitiera criar á su hija, pasando por una buena madre durante los siete meses que estuvo en la cárcel. Pero apenas salió puso su crianza en la Maternidad, y no la volvió á ver más. Otra, cómplice de un robo con su amante, se manifestó feliz de poder criar su hijo en la celda, pero en cuanto fué á

verla su madre, le rogó hiciera diligencias para colocarlo en un asilo, porque, según decía: «¿qué voy á hacer de él cuando salga si tengo que vagar por el mundo?»

Otra, que parecía delincuente por pasión y heridora, y que había demostrado cierto grado de maternidad, porque mantenía un hijo ilegítimo con su trabajo, sin embargo cuando éste venía á visitarla con su ayo, lo apostrofaba con el epíteto de pequeño asesino, sin preocuparla el verlo casi desnudo y menos el notar que éste, viéndola en la cárcel, se rehusase á abrazarla y besarla.

Es importante constatar aquí que muchas veces esta maternidad no presenta aquel espíritu de ecuanimidad, de constancia, que hace de la madre un mártir voluntario, y feliz de serlo, pero que tiene caprichos, siendo saturado ó exagerado para con algunos niños y tristemente frío para con otros. Así, tengo presente una mujer que demostraba hacia un niño un afecto extraordinariamente exagerado y era la misma que había asesinado con suplicios lentos una criatura poco mayor que la primera.

La Rulfi, que hizo morir de hambre con enormes suplicios á una niña de once años haciéndola asistir á la merienda de los demás hermanitos y haciéndola herir con éstos, amaba sin embargo apasionadamente á los otros niños. Y aquí debo comunicar un hecho curioso y de difícil explicación si no fuera por las contradicciones del histerismo: Todas las mujeres — al menos las que he encontrado en la cárcel condenadas por sevicias horribles contra sus hijos y que, por lo tanto, demostraban ser anómalas en cuanto á la maternidad — eran sin embargo de una delicadeza de hábitos y de tratos extraordinaria en la cárcel y asistían con mucha afección á los enfermos y á los hijos de los demás.

Tuve un caso en que el afecto de la maternidad lo fué en un grado excepcional pero turbado por la criminalidad. Se trata de una histérica quizá, é indudablemente inmoral y lujuriosa, que mientras prefería á un hijo joven y pervertido incitándolo á matar á su padre y ayudándolo á dar muerte á un vecino para robarlo y poder comprar una bicicleta con su dinero, no sentía afecto alguno por sus otros dos hijos á quienes descuidaba por completo, dejándolos casi desnudos por las calles, siendo así que trataba de satisfacer todos los caprichos más malvados del otro.

¿Pero qué clase de maternidad es ésta que se hace cómplice de un delito?

Hoy mismo, en Viena, se ha encontrado una mujer que ayudaba á su hijo á pasar billetes y joyas falsas á un joyero, y que se dió muerte en cuanto se vió descubierta. Estafaba seguramente sólo por amor filial; ¿pero qué maternidad era ésta, dejando de lado la sospecha legítima de que se mezclase al amor materno, una triste obscenidad, un amor *non avouable*?

Aun las meretrices, como decía bien Parent Du Chatelet, acarician á los niños y respetan la maternidad en sus compañeras, pero tienen bien poco sentimiento de la maternidad, como resulta estadísticamente de su escasísima fecundidad en relación con las mujeres normales, y del hecho

de que aun cuando lleguen á ser madres, poquísimas conservan sus hijos.

También aquí, como sucede con las criminales, siendo esas las formas de ocasión, se encuentran las excepciones, y he conocido casos entre estas últimas en que conservan todos los hijos y se sacrifican por ellos, y estas son bien diversas en la cara y en los rasgos de sus tristes compañeras.

Sobre ellas la redención podría tener lugar, mientras que todas las otras llaman desgracia á la maternidad. No se crea, sin embargo, que sus tristes condiciones sean la causa de ello. Los peores y tristes tratamientos, las vilezas, las sevicias al niño ó su abandono precoz, yo las he constatado entre las ricas mundanas ó *cocottes*, algunas de las cuales obligaban á su hijo á servirles de *groom*, descansando sobre la tierra limpia, mientras ellas dormían en lechos *de rey*.

Tales acciones no obedecían á razones de necesidad ó de miseria, sino á la necesidad de escarnecer á un sér por el cual no sentían afecto alguno, ó con el objeto de crearse un adorno, un nuevo triunfo de la vanidad, y en este último caso los trajes eran bellos y el tratamiento cruel,

Algo puedo conceder, sin embargo, á Griffith y á mis demás adversarios principales, y es que á menudo las mujeres muestran una especie de desviación del sentimiento materno, que casi hace creer más bien en su hiperestesia que en su falta. Recientemente en Nueva York una mujer llamada Mr. Place contrajo matrimonio con un viudo que tenía ya una hija; por algún tiempo la trató bien. Más tarde quiso hacer admitir en la casa un hijo que ella había tenido antes del matrimonio, y ante el rechazo del marido se obstinó y empezó á maltratar á su hijastra, á quien concluyó por asesinar, y al padre, á quien en vano intentó hacer correr la misma suerte.

Diríase, á primera vista, que un falso amor materno la impulsó á tales extremos; y, por el contrario, el amor materno (como lo he demostrado en un artículo especial publicado en el *World* de Nueva York) no es aquí más que una causa aparente, ficticia. Ella, en efecto, no se había preocupado jamás del niño antes de volverse á casar, ni mostró después en la cárcel el menor deseo de verlo antes de morir.

Su delito, pues, debe atribuirse más bien á celos de la niña; pero, debido al resto de pudor que queda á menudo hasta en los más grandes criminales, ella trataba de ocultarse á sí misma y también á los demás sus malos sentimientos, bajo la apariencia de una buena causa. Pero esto es precisamente lo que cumple al hombre de ciencia: discernir lo verdadero de lo falso, desentrañar entre los hechos que se presentan á la vista lo que es agente real y directo.

Lepore L. M. M. e

DE JAMES SETTER (CHICAGO)

La delincuencia de color

en los Estados Unidos de N. A.

Un estudio interesante, que con estas reseñas epistolares no hago más que proponer al que desee cimentarlas con empeño y serenidad de propósitos, sería la investigación antropológica entre las razas de color (negros, mongoles etc.) y ciertas formas de delincuencia. Sin duda este estudio puede tener un interés práctico y un punto positivo de comparación, si se analiza esta contribución proporcional de las diversas razas á la criminalidad desde que ellas viven en el mismo país y sufren, por consiguiente, las presiones de la misma atmósfera física y del mismo ambiente político-social.

Quién osaría negar la influencia de raza en las aptitudes especiales para determinados oficios y profesiones? Quién puede poner en duda, por ejemplo, que los hebreos tienen una extraordinaria capacidad para el comercio en general, para los logógrafos de las finanzas y para las ciencias económicas (si son hombres de ciencia) y que por el contrario, tienen una aptitud casi negativa para las industrias y para los oficios manuales? Tan es esto así, que un hebreo de baja condición prefiere siempre ser mercader ambulante, más bien que artesano.

Así, basta consultar las estadísticas criminales para apercibirse á primera vista, de que los hebreos dan un contingente casi exclusivo á la criminalidad fraudulenta — propia de las razas más comerciales y progresistas que prefieren adoptar la astucia antes que la violencia, tanto en la actividad honesta como en la criminoso — y solo rara vez se ve un israelita condenado ó acusado por crímenes de sangre.

Dada, pues, esta indudable influencia de los factores étnicos en la criminalidad, sería curioso, repito, proponerse este problema de sociología criminal, árido sin duda en su sugestiva simplicidad: En igualdad de condiciones sociológicas genéricas, delinquen más los hombres de raza blanca ó los de razas de color?

—

Apesar de que, como es sabido, muchos antropólogos-criminalistas sostienen que el delincuente nato es una retrogradación atávica hacia los tipos primitivos de la especie, muchos otros, sin embargo, y especialmente los de Norte América, han combatido esta hipótesis lombrosiana, demostrando que en muchas razas consideradas inferiores y que reproducen un grado atrasado de evolución, el delito no es precisamente la regla sino una excepción más rara aun que en las razas superiores, por más que la serie de relaciones de éstas sea de mayor refinamiento y complicación.

Cualquiera que sea la conclusión sobre la seria controversia, no puede dudarse, empero que si los

dos caracteres morales fundamentales que acercan el salvaje, al delincuente, son: la impulsividad y la repugnancia á todo trabajo, estas dos características se notan marcadamente en las razas de color, especialmente cuando algunos núcleos de éstas se encuentran haciendo vida comun con la raza blanca, y experimentan, por lo tanto, en contacto con ella; todas las asperezas de inferioridad física y moral que hacen más difícil la vida y más probables, por consiguiente las ocasiones de ser impulsados al hecho anti-social.

Aquí, en los Estados Unidos tenemos una excepción que confirma la regla indicada en este fenómeno de sociología criminal.

Los negros de los estados del sur, que viven en agrupaciones numerosas con una determinada independencia de raza y de costumbres, aun manteniéndose en el seno de la Confederación, forman parte de esta excepción por que constituyen colectividades laboriosas y relativamente honestas, especialmente los que viven en la campaña.

Así también los Chinos de California, que constituyen colectividades numerosas y que pueden por lo mismo, mantener vivas sus costumbres, su espíritu de laboriosidad y de sacrificio no demuestran aquellas características generales de ociosidad é impulsividad constitutivas de la semejanza moral que Lombroso encuentra entre el salvaje y el delincuente, debiendo tenerse en cuenta además, que el chino y el negro de América, si bien inferiores, como raza, al tipo blanco, no pertenecen ya al tipo del hombre salvaje.

Recuerdo haber visto en la curiosísima ciudad china un verdadero trozo del Celeste Imperio, en el bello medio de S. Francisco, admirables ejemplos de laboriosidad y de habilidad artística, y he oído referir á uno de los más hábiles y antiguos *detectives* de este barrio, hechos conmovedores de altruismo y abnegación, realizados por chinos con individuos de su raza, y hasta con personas de raza blanca, no obstante de que esta última trata con particular crueldad á estos pobres mongoles.

Pero apesar de las excepciones reservadas, el fenómeno de lo que llamaremos la delincuencia de color es en los Estados Unidos un hecho positivo y de fácil constatación.

En las grandes ciudades de la Unión, como en New Yorck, Chicago, Philadelphia, St. Louis, New Orleans, viven núcleos extraños y dispersos de distintas razas — desde el mulato hasta el descendiente de pieles rojas — en los cuales existen un cimiento orgánico y moral del cual surge la delincuencia, en todas sus manifestaciones, como de una fuente natural.

Consultando las estadísticas criminales de los Estados Unidos, el espíritu se sorprende ante el enorme tributo de criminalidad dado por las razas de color; especialmente por las negras y neticci, tributo desproporcionado al número exiguo de los núcleos de color, en comparación á las más de raza blanca.

Visitando las cárceles produce impresión esta superabundancia de los delincuentes de color en

relación con los blancos, que sin embargo deberían ser mucho más numerosos, dado que ellos constituyen la enorme mayoría de la población.

La calidad de los delitos que les son imputados es digno de mención especial. En mis visitas á las cárceles de Chicago he constatado una singular tendencia de la criminalidad de color y sobre todo de la negra, á los delitos de violencia algunos de los cuales seguidos de homicidio.

Así, he podido recoger también datos bastante interesantes sobre ciertas organizaciones criminosas á objeto de venganzas puramente de razas, y he tenido ocasión de examinar los miembros de una verdadera banda de malhechores urbanos que pululaba hasta hace pocos días por las calles de Chicago. Ella se ofrecía, mediante un contrato privado especial, al empresario que deseara asumir su dirección, lo mismo que si se tratase de una locación de servicios, puesto que en los pactos de esta asociación, el robo y el homicidio eran designados con el nombre de *business* (negocio). Casi todos los afiliados de esta banda eran negros ó mulatos.

La delincuencia de color en los Estados Unidos asume á veces el aspecto de represalia social, tomando los criminales la actitud de vengadores de clases y cubriendo con una especie de etiqueta política sus impulsos antisociales.

Uno de estos complots, que á primera vista podría parecer organizado contra la clase de los millonarios, pero que en realidad lo son contra su bolsa, y en provecho de la de los conspiradores, es el que indico, haciéndolo preceder por el retrato de su jefe.

J. W. Harris, un joven negro, era el jefe de una cantidad de conspiradores en New York, que se habían organizado con el objeto de apoderarse de dinero de los principales capitalistas, valiéndose de cartas funestas. Entre las personas á quienes enviaron cartas pidiendo dinero, en algunas ocasiones con amenaza de muerte en caso de no condescendencia, se cuentan John D. Rockefeller, John Wanamaker, William K. Vanderbilt y otros apenas menos prominentes. Harris fué arrestado recientemente, pero se le negó á dar los nombres de sus compañeros conspiradores.



J. W. Harris.

¿Cuáles pueden ser las causas etnológicas de esta delincuencia de color?

¿Y no pueden estas, á su vez, haber produci-

do otras causas sociales que, conjuntamente con las primeras, concurren luego á precipitar al abismo criminoso á esta gente desplazada de raza y de clase?

Yo no pretendo resolver el arduo problema; no hago más que plantear las premisas de hecho.

Si las razas inferiores presentan un desarrollo psico-físico menos elevado que el de la blanca, de la convivencia social entre aquéllas y ésta debe nacer, sin duda, un desequilibrio moral; y como, además de este desequilibrio general, la inferioridad antropológica individual se resuelve en una relativa inferioridad moral en comparación de un tipo antropológico superior, de ahí se deriva que estos hombres de color, una vez confundidos en las multitudes de raza blanca, aunque no sean los salvajes perdidos en medio de la civilización, como considera Lombroso á los delincuentes natos, se encontrarán evidentemente en un sensible desnivel físico-moral con los otros.

Ahora bien: este desnivel tendrá forzosamente que dar origen á otro de índole social. En efecto: los negros, los mestizos, los mongoles de las metrópolis norteamericanas, antes de pasar al ejército andrajoso de la delincuencia se hacen rufianes, ó *souteneurs* ó cualquiera otra cosa semejante entre la caterva de candidatos al delito. De esta senda de ignominia al precipicio de la perversidad, el paso es breve.

La atrofia del sentido moral en estos organismos predispuestos ya por una detención de desarrollo, en comparación de la desenvuelta civilización en que han caído, se ejecuta insensible pero rápidamente: desocupados al principio, ociosos habituales después, alcoholistas, y sucesivamente, como último proceso de supuración moral, ladrones, salteadores y asesinos.

Así los he previsto, encontrándolos en medio del bullicio de la honestidad laboriosa de los demás, y así los he encontrado en los lugares severos de la expiación.

JAMES SETTER

Estudios Carcelarios

Una visita á la Penitenciaría de Sierra Chica

(Continuación)

II

LOS TRABAJOS

Entre las numerosas opiniones sensiblemente contradictorias que se debaten en el campo de la criminalología y de la penología, el punto en que convergen todas las escuelas es este: que el trabajo en las casas ó colonias penales, debe ser considerado como un elemento eficazísimo de mejoramiento orgá-

nico-moral, especialmente en la vasta clase de los delincuentes ocasionales ó por hábito adquirido.

Entre los clásicos, los que defienden la teoría metafísica de la expiación, como también los que tienen fé en el principio correccional de la *enmienda del reo*, reconocen, en su mayor parte, que el trabajo de los presidiarios mientras constituye un bienestar en el espíritu de los condenados, los rehabilita ante sí mismos, preparándoles á volver mejorados al seno de la sociedad.

Entre los positivistas, tanto los que aceptan íntegramente las conclusiones de la antropología criminal, como los demás que rechazan la parte aún no muy bien madurada por la observación y la experiencia, no hesitan en declarar en gran mayoría que el trabajo es una forma práctica á cuyo través vé el delincuente no tanto el castigo, cuanto las vías de una laboriosidad útil á sí propio y á la sociedad, á la cual anhela volver; vé y comprende que sus semejantes que lo segregaron de la comunidad de los honestos, lo acojerán de nuevo en ella, sin vacilación, cuando vean que en adelante todas sus energías se dirigen al bien cuya expresión material es el trabajo.

Segun Cesar Lombroso, siendo la ociosidad y la repugnancia al trabajo uno de los caracteres psíquicos fundamentales del delincuente-nato, la coacción penitenciaria al trabajo puede constituir también una tentativa de ortopedia moral de aplicación conjunta con las demás, á estas naturalezas profundamente monstruosas que si representan una pequeñísima clase entre los criminales, representan también, sin duda, la más peligrosa de todas.

En una visita al célebre Reformatorio de Elmira, hecha hace algunos años en mis viajes por Estados Unidos, recuerdo que el director del establecimiento me mostraba algunos reclusos perfectamente degenerados y cuyas anomalías eran muy visibles aun para un profano en la ciencia, y sobre los cuales, sin embargo, la coacción disciplinaria del trabajo había llegado hasta modificar el carácter, sofocando en algunos los gérmenes de la nativa impulsividad y de la ferocidad instintiva. Jamás olvidaré la actividad febril de un jovencito allí recluido, estuprador y asesino precoz, quien me decía que vencidas las primeras repugnancias y la holgazanería primitiva, encon-

traba entonces en el trabajo todo su consuelo, y comprendía ya que se podía ser *más feliz, creando que destruyendo*, filosofía simplemente profunda, que me sorprendió en aquel pequeño homicida, y me hizo más creyente aún en la virtud pasmosa del trabajo aún en las disciplinas penales; porque si en la vida de los honestos es una necesidad, en la de los condenados es una dulzura.

El mismo Director de la Carcel de Sierra Chica, Dr. Miguel Costa, me confirmaba con ejemplos prácticos tomados de sus cotidianas observaciones, en esta opinión: que encerrar á los condenados, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, en el aislamiento ocioso de las celdas (como sucede, por desgracia, en muchos sistemas penitenciarios de Europa) es un verdadero delito, aunque cometido por la sociedad y en nombre de la ley.

Es un delito porque éste ocio, sobre los organismos degenerados, conforme á su naturaleza anómala, en vez de parecer pena, semeja un reposo merecido — en cuanto la atrofia del sentido moral no impulsa á estas conciencias — y además sobre estas mismas naturalezas, el ocio forzado, llevado hasta la crueldad de la inacción completa, apaga enteramente el último destello de laboriosidad. Y desde el abismo de estas almas sin fondo, surgirán más terribles aún que antes, las impulsividades bestiales, á sus primeros contactos con los choques del ambiente externo, una vez que se les devuelva la libertad, ya que todos los resortes de sana y honrada laboriosidad se habrán destruído en ellos por los refinamientos del ocio infligidos en la carcel.

Agréguese además, á tales observaciones de índole moral, otra de índole económica que produce también su contra-golpe moral: la utilidad material que el trabajo de los condenados reporta al tesoro público y que se resuelve en un ahorro en los gastos de manutención y en continuas mejoras de las casas de penas, aparejada por otra parte por la ventaja de formar en la conciencia de los penados aquel sentimiento de orgullo que deriva de juzgarse útil para algo en el mundo — aunque separados de él por los muros de la carcel — y de sentirse ligados todavía con los demás seres vivientes por este vínculo común de la fatiga universal por la conquista

del bienestar; de saber, en fin, que también ellos — los sepultados en vida — se bastan á sí mismos, alimentándose con el fruto de sus trabajos, con cuyo excedente pueden contar una vez agotada la pena, para tornar á la familia de los honrados con los medios necesarios para superar las primeras incertidumbres, de la nueva existencia, y para no encontrarse en la necesidad de recaer, bajo el peso de las mismas asperezas que anteriormente abrieron el abismo bajo sus piés.

El Director de la Penitenciaría me refirió que según había podido constatarlo, esta soledad agravada con el ocio, conduce á las más abyectas formas de perversión física y moral.

Las largas jornadas inactivas consumen los músculos de los desgraciados más que cualquier fatiga bestial; el aislamiento estimula en aquellos organismos embrionarios, pasiones monstruosas y vicios repugnantes — desde las tentaciones de la Venus solitaria, hasta los amores sodomícos — toda vez que la carne no ejercitada en actividad alguna útil, se revela y se pervierte en desviaciones morbosas, que cuando no concluyen de extinguir totalmente el sentido moral, obtuso ya en muchos de estos desgraciados, hieren despiadadamente en ellos la razón.

Penados dementes que se han producido desde el año 1890 al 1898 inclusive, clasificados según los delitos porqué fueron condenados.

AÑOS	DELITOS							TOTAL
	Homicidio	Lesiones	Homicid. y Lesiones	Salteo y Robo	Robo y Lesiones	Rapto y Violación	Sodomia	
1890	4	...	1	5
1891	1	1
1892	1	1
1893	2	1	3
1894	3	1	4
1895	4	4
1896	2	1	1	1	5
1897	4	1	5
1898	2	1	3
Total	23	2	2	1	1	1	1	31

El cuadro estadístico de los casos de locura verificados en Sierra Chica desde 1890 hasta la fecha, que antecede, ilustrará eficazmente nuestra afirmación.

Confrontando estas cifras con el movimiento casi duplicado de los penados de la carcel, desde el año 1890 hasta el de 1898 (véase el cuadro respectivo en el n. 6 de la Revista) se puede comprender que esta disminución proporcional de los casos de locura que resalta en el 91, época en que empezó á introducirse en mayor escala el régimen del trabajo en Sierra Chica, como me lo hizo notar un empleado, confirma

“la mejor forma de argumentar es la repetición de un hecho fundamental”) que mientras el actual Director ha consagrado todos los esfuerzos de su inteligente actividad á estender el trabajo al mayor número de condenados posible y á la creación de nuevos talleres, el gobierno de la Provincia *in ben altre faccende affaccendato*, ha hecho todo lo posible para dejar al óptimo funcionario completamente solo y desprovisto de recursos para luchar con las múltiples dificultades, algunas de las cuales son insuperables.

El trabajo de los condenados en Sierra



indirectamente la teoría expresada, teniendo en cuenta que los casos de locura producidos en los últimos años se habían verificado precisamente en individuos que, por falta de talleres, habían permanecido encerrados en las celdas.

La preponderancia de los casos de locura entre los condenados por homicidio se debe no solo al mayor número de los detenidos por tales delitos, sino también á la influencia del elemento antropológico sobre esta categoría de criminales, en los cuales generalmente es más profunda la anomalía de los centros nerviosos, y la predisposición á todas las formas de psicopatía y de frenosis.

Sobre esta cuestión del trabajo en Sierra Chica, y después de todas las consideraciones hechas, debo agregar una vez más (*repetita invant*, ó como decía Napoleon:

Chica no es, pues, más que el microcosmos de lo que debiera y podría ser, si á la actual administración del establecimiento se le suministrara por el Estado los subsidios bastante modestos que se necesitan para que la aspereza de este ocio pervertidor inflijido á la mayor parte de los reclusos, como la última maldición de la sociedad, pueda ser sustituida por el trabajo vasto, sistemático, rejenerador,

El largo muro que circunda la Penitenciaría y que recuerda extrañamente las ciclopeas murallas de la antigua Etruria es un testimonio mudo pero elocuente del trabajo que pueden ejecutar, en provecho propio y de la sociedad, estos míseros brazos actualmente inactivos. Quizá la construcción del alto muro que pone un baluarte entre la infinita llanura y el eterno

deseo de libertad de los prisioneros, fué una obra melancólica para ellos en el largo transcurso de los años que ese trabajo costó.

Yo contemplaba con profundo sentimiento de piedad un grupo de forzados dedicados á cavar un foso junto á la muralla gris, hoy concluido, (últimas obras de compostura del doloroso recluto) y no sé porqué aquella escena silenciosa como un rito de muerte, me evocaba en la mente la trágica regla de la orden de los *trapistas*, quienes deben cavar diariamente la fosa en el cementerio del convento y aprontarla con sus propias manos, para su último sueño.

Me aseguraba el Director, con serena complacencia, que él había sabido alejar los deseos y peligros de fuga, asegurando á los mejores y más laboriosos de los reclusos formas más gratas, relativamente, de régimen y de libertad, más que con aquel hosco recinto. En efecto, algunos condenados circulan libremente sin vigilancia alguna, fuera del recinto, yendo y viniendo de los pabellones á la Dirección, que dista algunos centenares de metros, sin que hasta ahora ninguna tentativa de evasión haya aconsejado revocar el sagaz experimento hecho especialmente sobre jóvenes que en aquel régimen del trabajo y en aquella orgía de luz que inunda las bellas faldas de Sierra Chica, sienten aún en la pena los vínculos morales que los ligan á las primeras fatigas útiles y honrosas que hayan plegado quizá sus músculos y hecho comprender á sus corazones ulcerados la austera voluptuosidad de un deber cumplido.

Confirmando más aun este feliz resultado, el Director me condujo á visitar el pequeño edificio donde se encuentran los talleres de ebanistería, carpintería y herrería.

Las tres oficinas se encuentran fuera del recinto, y los penados que en ellas trabajan pueden circular libremente para todas las necesidades de sus oficios, sin otra vigilancia exterior que la de los pocos centinelas colocados aquí y allá, en torno de la Penitenciaría.

Los operarios de los talleres ejecutaron sus trabajos á nuestra vista con precisión y habilidad sorprendentes. A no ser por la roja vestimenta de oprobio, semejarían honestos obreros entregados á su labor,

con el pensamiento dirigido á sus esposas é hijos, que esperan en la tranquilidad de la frugal cena nocturna. Porque, á pesar de que este melancólico núcleo de obreros trabajase en silencio, había en ese mismo silencio algo como una dulzura nueva, el reposo de los pensamientos dolorosos; y en la actividad de los músculos en movimiento algo había también como una ilusión de libertad, como una sensación de honor, íntimo premio espiritual que el trabajador recibe al contacto de su obra, grande ó modesta, á medida que ella adquiera forma y sustancia, entre sus manos trémulas.

Y ellos trabajaban, trabajaban con visible complacencia de que otros los contemplasen en aquel acto de redención que los transfiguraba á nuestros ojos é indudablemente también ante su propia conciencia.

En el taller de ebanistería había un jovencito francés condenado por homicidio, un hecho puramente pasional (lo indican los delineamientos tranquilos en la innata vivacidad) un joven que ha aprendido el oficio con pasión, allí en la triste casa, bajo la hábil dirección de otro condenado genovés, que es un verdadero maestro en su arte.

Era raro ver á aquel muchacho y aquel hombre maduro ya dedicados á fabricar un mueble elegante y artístico destinado al establecimiento, y que había sido construído, casi todo, en el taller de los penados. Uno y otro ponían un cuidado extraordinario en la ejecución de la obra, y en los arabescos de madera que constituían el adorno parecía que las manos de los artífices acariciaran con infinito amor la ruda materia que debía atestiguar su habilidad. ¡Qué noble estímulo para aquellas almas rodeadas, antes, de tinieblas y ahora iluminadas por un rayo nuevo, el de prepararse, al salir de presidio, una novísima vida, toda de laboriosidad honesta y tranquila!

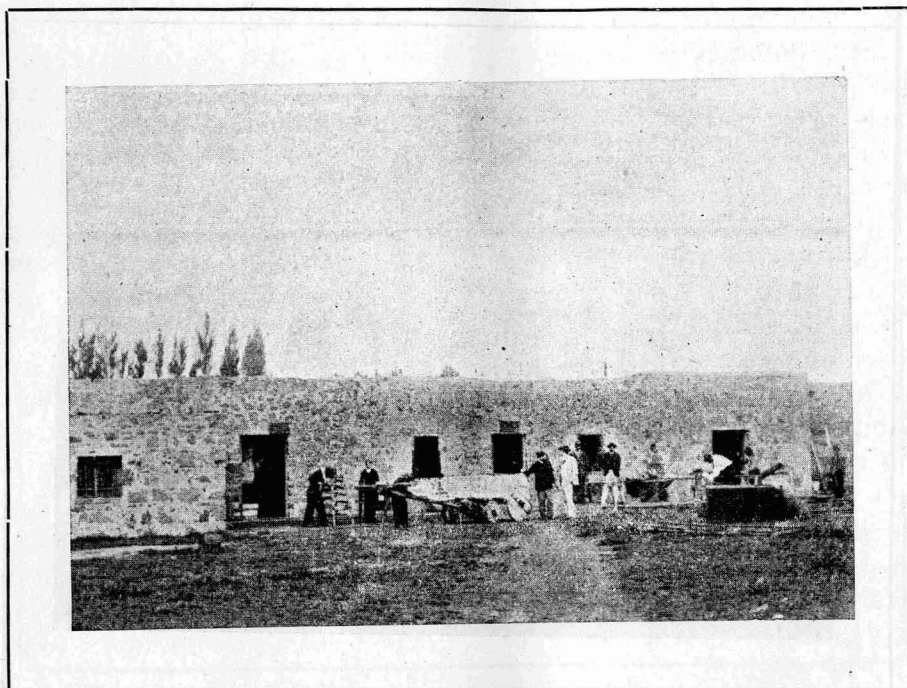
Esta esperanza, aunque las otras fatalidades y las imprevisiones ciegas de la existencia social quizá la oscurezcan después, relucía entonces sobre las frentes pálidas de aquellos trabajadores vestidos de ignominia; porque veían y *sentían* en nosotros seres venidos de allende la muralla gris, de la vida donde se lucha y se sufre, pero se siente en plena faz el soplo libre de las adversas tempestades; nos *sentían*,

porque ellos estaban con la cabeza bajada, con la vista absorbida por aquel milagro del trabajo redentor de los cuerpos y de los espíritus.

En la herrería se trabajaba, también, con todo empeño. Un andaluz colosal dominaba con la estatura y con la actividad silenciosa, en la usina donde había una alegría singular de chispas y sonidos. Los condenados, machacando con fuerza el hierro candente sobre las ascuas, parecían querer despedazar, por la eternidad, el silencio mortal albergado entre aquellos muros.

Y allí afuera, frente al taller, resplan-

no sin detenernos á lo largo de la calle, á examinar un *aermotor*, construido por el Departamento de Ingenieros de La Plata, que no se ha decidido á ponerse en movimiento ni aun cuando los tremendos pamperos invernales amenazan voltearlo, y que debe sufrir la humillación (atroz hasta para un molino de viento) de ver á un semejante suyo, construido rústicamente pero con solidez por los condenados, sin departamento de ingenieros, que funciona á la perfección y suministra óptima agua semi-surgente para todas las necesidades del establecimiento.



decía una gloria infinita de sol que reconciliaba á la vida, al amor.

Me acerqué afectuosamente al joven ebanista, preguntándole si tenía familia.

«Sí, doctor», me contestó el joven recluso (en la Penitenciaría habían corrido con la rapidez del rayo, no sólo los nombres de estos visitantes curiosos, sino también el objeto de la visita) «tengo á mis padres en el Azul, y á mi madre, que me espera para dentro de algunos años, le he escrito que me estoy haciendo cada vez más experto en el oficio. Antes no sabía hacer nada.» Y una sonrisa iluminó su inteligente mirada. No sin conmoverme, le auguré que pronto volvería entre los libres y los honestos, ya que lo reclamaban dos afectos purísimos: el del trabajo y el de la madre.

Luego nos dirigimos hacia la quinta,

Sin tener en cuenta una de las acostumbradas contradicciones económicas en las erogaciones públicas, mientras se mezquina lo estrictamente necesario para ayudar iniciativas que harían menos pasivo al establecimiento con ventajosas mejoras. se ha invertido millares de pesos, en la administración anterior, en obras superfluas, y hoy, bajo los auspicios del Departamento de Ingenieros, en un molino de viento.... que no gira.

Pero llegamos á la quinta, una zona lujosa de verde, rica en productos de toda especie, un verdadero oasis en la uniforme y desnuda inmensidad del desierto. Árboles gigantescos atestiguan la fertilidad del suelo. Cantidades de ganados ovinos y bovinos florecientes y espléndidos pastan en los prados cercanos. La leche de estos ani-

males es delicada y balsámica por la variedad de yerbas aromáticas que crecen en las faldas de la sierra.

Cuando llegamos, en compañía del Director, á la vegetación exuberante de la quinta, vimos surgir, como una inexorable persecución científica, la máquina fotográfica del Sr. Vucetich, que deseaba encuadrarnos dentro de aquel tripudio de verde, á mí, al Director, al centinela, á los forzados dedicados á trabajar la tierra, á los bueyes uncidos al arado y hasta el águila real, herida un día á bala de fusil, sobre una roca de la sierra, y ahora enca-

que tantas confirmaciones recibe de la experiencia cotidiana.

En estos trabajos de la quinta anexa á la Penitenciaría de Sierra Chica he podido constatar una vez más, y aun por la experiencia del Director de ese establecimiento, cuán grande es la superioridad de las colonias sobre las casas penales, tanto por el régimen material de vida de los condenados cuanto por la virtud modificadora de los hábitos de ocio y de malas inclinaciones, que la existencia de trabajo, de actividad, de sociabilidad propias de las colonias, ejerce sobre los reclusos, consi-



denada (soberana arrebatada al reino de los espacios) sobre una casilla de madera, para servir de espanta-pájaros en defensa de las sementeras y mieses adyacentes.

Aquel símbolo alado de la prepotencia criminal, que tan admirablemente funciona como guardián de los productos del hombre, prisionero y centinela á la vez contra la voracidad de sus súbditos de un tiempo, allí entre aquellos agricultores de rojos pantalones, denunciadores extrañamente sanguíneos sobre la verde y rica vegetación que los envuelve, produce una sensación singular, y por una rápida asociación de ideas, cruzó, como un relámpago, por mi mente aquella audaz teoría de César Lombroso sobre *la función social del delito*, que pareció al principio una paradoja y

guiendo, á veces, su mejoramiento físico y moral, por oposición á la muerte lenta del organismo físico y moral, determinada por las casas de pena á base de reclusión celular.

De mis visitas á las penitenciarías de Europa, cuya regla es el silencio y el aislamiento, recuerdo la desgarradora impresión que me produjo la vista de la destrucción del cuerpo y del alma de aquellos desgraciados para quienes la muerte habría sido un acto de gracia.

Recuerdo, en cambio, la impresión relativamente agradable que he recibido visitando algunas veces las colonias de penados que hacen vida de trabajo al aire libre. En la isla de Pianosa, donde existe una colonia penitenciaria, bajo la dependencia del gobierno italiano, viven en común y

con relativa libertad muchos centenares de condenados que trabajan en faenas agrícolas. Y resulta de los informes de la Dirección que el sistema produce sorprendentes resultados, y que las riñas y diferencias entre tantos, que fueron antes violentos y que ahora se hallan en continuo contacto son menos frecuentes que en las casas de reclusión, y los efectos morales infinitamente mejores.

La sensación experimentada en las colonias penitenciarias de otros países que he tenido ocasión de conocer he vuelto á recibirla aquí en Sierra Chica, visitando

verde, como una madre premurosa, consagrada á la curación (que sólo ella puede tentar victoriosamente) de sus hijos física y moralmente enfermos.

Las arrugas precoces de aquellos rostros se atenuaban suavizándose en una calma serena, en un consuelo nuevo. Había un viejo condenado, también por homicidio, cuyo semblante, á pesar de las nativas líneas de dureza, se había hecho con aquel trabajo fecundo, sonriente, apacible, casi augusto en la plateada franqueza de su cabellera.

Había un joven, condenado en medida



aquella región de colonia agrícola anexa á la Penitenciaría: una sensación de alivio en comparación de la pesadilla que, como hombre y como estudioso de las disciplinas penales, he sufrido siempre al visitar las casas de reclusión.

El resultado experimental ha sido excelente también en Sierra Chica, y esta minúscula tentativa de colonia agrícola ha sido coronada por un éxito triunfal.

El Director me indicaba aquellos trabajadores sumergidos en pleno aire, como redimidos por el empeñoso trabajo del campo que hace palpitir en sus fibras dolorosas la santa fiebre del trabajo.

Se entregaban, se absorbían por completo en la faena sana y fuerte.

La divina naturaleza los abrazaba en medio de las variadas tonalidades de aque-

desproporcionada con el hecho, que era un romántico raptor de la joven amada, que estaba poseído como de un frenesí de actividad; segaba la yerba con rapidez y pericia extraordinarias, mientras otros desmontaban la tierra ó guiaban el arado, asomando á sus semblantes un novísimo sentimiento de pacificación, tanto que yo me preguntaba si este grupo de laboriosos estaba compuesto de repudiados de la sociedad, ó si lo formaban, más bien, honestos agricultores, venidos á la conquista civilizada de la Pampa argentina.

Por una ley de contraste, volvíanme á la memoria los rostros oscuros y petrificados de los sepultos vivos en las celdas, los semblantes de cera de los inactivos y de los seres hechos más feroces allá entre los muros del lúgubre recinto. Y contem-

plando más allá de los árboles frondosos la infinita llanura que espera el esfuerzo de millones de brazos humanos que no habían venido aún de allende los mares ó que no habían nacido todavía en esta tierra, me preguntaba por qué, más bien que estériles reclusiones, no se ha organizado en mayor escala colonias agrícolas para la conquista pacífica del desierto, ó por lo menos para el cultivo de las tierras fiscales que tan á menudo huyen entre las fauces de la especulación voraz, ya que en la Argentina no es ciertamente la superficie del terreno lo que falta, sinó la habilidad y el empeño de las iniciativas.

La inacción de estos brazos de condenados, para los cuales el trabajo sería un principio de redención, en los confines de estas llanuras aun irredimidas, es una prueba de ello.

En este país, á diferencia de la Europa, donde la lucha por el suelo es áspera y restringida, la *colonia penal agrícola* debería ser la regla, la penitenciaría celular, la excepción.

Mientras visitábamos la quinta se acercaba el crepúsculo, y el Director nos re-

vó esta hora para el trabajo colectivo interesante: el de las canteras de granito, abiertos como vastos cráteres de volcán, apagados en el seno de la sierra.

Canes, apagados en el seno de la sierra.

Ac. n suspendidos por la indiferencia

ras está. las autoridades de la provincia

con que á los apremiantes pedidos de la

responden le la cárcel.

Dirección a una cortesía especial del se-

Sólo por dimos ver la importante ex-

ñor Costa pu 'ena actividad.

cavación en p. enas de condenados se pu-

Varias dec. de la Penitenciaría á las

sieron en marcha custodia de un pequeño

canteras, bajo la c. carcelarios, y en un

núcleo de guardias á la orden del ca-

abrir y cerrar de ojos, á la orden del ca-

pataz de la cuadrilla, fu. eron todos á sus

puestos de trabajo: los co. locadores de mi-

nas, los picapedreros, los zapadores, y

aquel simulacro de cráter extinguido, den-

tro del cual el agua se empañaba, y que

por la mañana habíamos visto silencioso y

triste, volvió á tomar de pronto una ex-

traordinaria palpitación de vida. Los pre-

cipicios de la sierra rimbombaban á los

rudos golpes del hierro sobre el granito;

los sepultos vivos se asomaban ante la pur-

púrea majestad de aquella puesta de sol que tenía de sangre las candidas murallas de los pabellones lejanos y resumían la fisonomía colectiva de los trabajadores, más bien que el aspecto habitual de un pasivo rebaño de almas en pena.

La escena era tan simplemente grandiosa en el marco infinito de la pampa enrojecida por el sol poniente, que del otro lado de las canteras de piedra vimos levantarse (¿para qué decirlo?) la máquina fotográfica de Vucetich, para tomar, si no el color, por lo menos las líneas de aquella escena.

Con esta excursión terminó la parte, que podríamos llamar externa, de nuestros estudios sobre la interesante penitenciaría de Sierra Chica, que podría ser una casa de pena modelo merced á las sabias iniciativas inspiradas en la experiencia y la piedad del Director actual, si los poderes públicos de la provincia, que han puesto todo su empeño en secundar lo menos posible los sagaces pedidos del Sr. Costa, no lo hubieran abandonado en su lucha con todas las deficiencias de recursos morales y pecuniarios, pues esta dirección ha hecho esfuerzos admirables para colocar el establecimiento á la altura de los progresos de la ciencia y de las exigencias de la Humanidad.

Pero ¿por qué no decirlo? En comparación con las casas congéneres de los países más adelantados de Europa y de Norte América, la Penitenciaría de Sierra Chica queda como un notable ejemplo de los esfuerzos de uno solo junto con la deplorable indiferencia de aquellos á quienes correspondería proveer á que las funciones defensivas del Estado contra la criminalidad (con la acumulación de tantas deficiencias en los institutos penitenciarios) no se limiten á las simples construcciones materiales, ya que la civilización no tolera que una casa de pena sea menos cuidada que una necrópolis.

Si bien una penitenciaría puede compararse románticamente á un cementerio, los hombres de verdadera doctrina y de sentimientos elevados no deben olvidar que estas tumbas encierran seres vivientes!

PEDRO GORI

(Continuará)

Documentos humanos

La confesión de un gran criminal

(Véase el núm. anterior)

El 1º de Octubre de 1884, llevé los tres niños, Pitzel al *Circle House en Indianapolis*, donde les procuré una pensión privada hasta que me llegase el momento oportuno para matarlos. En la noche del mismo día me trasladé á San Luis, permanecí hasta el 4 de Octubre trabajando asiduamente en resolver el asunto del seguro sobre la vida con los abogados Mc. Donald y Howe.

En el intervalo hablé con los propietarios del Irvington o Indianapolis House. Este fué el primer mal paso que dí para echar sobre mí la mole de mis delitos, pues cuando más tarde, los *detectives* supieron que yo había hecho esta visita en el mismo día en que tuve la conferencia para el seguro, no vacilaron en concluir que solamente yo podía haber muerto á ese muchacho.

El 4 de Octubre volví á Indianapolis, en la tarde del mismo día á Franklin, (Ind.), al sud de Indianapolis. El 5 de Octubre se pagó el alquiler de la casa en Irvington, en el mismo día fuí á lo del Sr. Brown para encargarle hiciese ciertas reparaciones, y me acogió con tanta frialdad, que me resentí acerbamente y ahora me maravillo de no haberlo atraído á la casa donde lo hubiera muerto. Tal desahogo de rabia hacía Brown, aunque solo fuera esta una pequeña circunstancia, ayudó á los *detectives* á descubrir mis delitos, valiéndose al mismo tiempo de las numerosas investigaciones sobre mi conducta y sobre mi naturaleza violenta.

El 7 de Octubre fuí, al amanecer, á la farmacia de Irvington y allí compré el veneno para matar al jovencito. Volví allí la noche siguiente porque me había apercebido de que no había llevado cantidad suficiente. Pensé despues en la provisión de la casa y á medio día fuí á un negocio de mueblería, pero llegué tarde, de modo que el patron del negocio no tenía tiempo para mandarme los muebles á domicilio. Yo los llevé, tomando un vehículo, y tratando el caballo y el carro hasta el día siguiente. A medio día del 8 del mismo mes, fuí á lo del afilador á tomar los largos cuchillos que le había dejado para afilar.

En las primeras horas después del medio día del 10 de octubre, había comprado el baul para el muchacho y la estufa, que me llegaron á la casa de Irvington á las 6 p. m., en cuyo tiempo el señor Moreman fué la última persona que vió al niño vivo, pues poco después lo llamé á mi casa y le ordené ir á acostarse. Primero sinembargo le hice beber la fatal dosis de veneno que hizo efecto pocos minutos después. Apenas muerto corté el pequeño cuerpo en pedazos tan chicos que pudieran entrar en la estufa y con ayuda del gas y de espigas de maiz, comenzó la combustión con tan poca emoción como si ardiese un objeto cualquiera.

Pero si pienso haber cometido este y otros

crímenes, no para apoderarme de un dollar, no porque hubiera sido provocado ú ofendido, sino por la bestial avidez de matar criaturas humanas, de las cuales me parece todavía oír los gritos implorando misericordia y las súplicas de dejarles al menos un poco de tiempo para prepararse á morir, pensando digo, en todas estas circunstancias, bien que sea un feroz criminal, me siento espeluznar y me parece que ya no puedo vivir sin temblar. Si se considera lo que llevo expuesto, será cosa de maravillarse si estoy siempre torturado por un fiero remordimiento, si he pasado noches de insomnio, si en fin aún antes de morir siento que mi persona asume la forma y la fisonomía de un demonio?

Después que la cremación de mi víctima estuvo terminada, practiqué una pequeña excavación donde se encontraron las cenizas cuando se descubrió el delito y fueron, junto con la estufa, trasportadas aquí á Filadelfia cuando se desarrolló mi proceso. Después de haber borrado las manchas de sangre y las otras pruebas de mi delito, después de haber enterrado cuanto contenía el baúl mismo, fuí al escritorio de Powell y Harter en Indianapolis para recoger mis cartas, y de allí pasé al hotel para llevar conmigo los niños y los conduje enseguida á Chicago. Inmediatamente regresé á la casa de Irvington donde fuí visto por el carrero Austrong á una hora insólita y fué estupidez la mía el negar mi presencia allí.

Mi identificación en Chicago se efectuó por la señora que tenía en pensión al muchacho, por el agente ferroviario de Milwaukee y por una persona en Andrian, Michigan; todo demostró la inutilidad de tentar mi salvación.

En Detroit alquilé una casa y escavé en el subterráneo una fosa que esconde una memoria escrita por mi mismo; la indiqué á los agentes de policía que me arrestaron, para impedir ultteriores investigaciones en la casa en Toronto y en otras ciudades. Los agentes que me arrestaron fueron á Detroit y en el subterráneo de la casa encontraron cuanto yo les había indicado.

Ahora, con más repugnancia, paso á la narración de los asesinatos de Alicia y Nellie Pitzel, cuya muerte parecerá á algunos la mas ultrajante de todas, ya por la terrible y despiadada manera como se realizó, y porque, especialmente en el caso de la primera, fué la menor de las atrocidades que la joven sufrió de mi.

Aquí también, estaría tentado de no decir palabra y de negar ese delito, pero ¿con qué objeto? Se ha hecho público, se ha comentado estensamente en mi proceso; callarle solo serviría, pues, para el doble propósito de romper mi intención de no ocultar nada y hacerme desacreditar ante el público que justificadamente no creería en nada de lo que he venido diciendo. Además bastaría el testimonio ya presentado al respecto por la Sra Adlía Allcoms y la opinion del (Coroner) Ashbridge y Perety quienes reconocieron las condiciones mentales de la muchacha al día siguiente.

Estas jovencitas, después de haber permanecido en pensión en Detroit cerca de una semana, se reunieron en Toronto de donde fueron conducidas al Albion Hotel y allí quedaron hasta su muerte.

El 20 de Octubre alquilé la casa Vincent, obteniendo el contrato bajo el nombre de Howard á fin de desviar toda sospecha posible en caso de que se efectuara alguna averiguación.

Entre las 5 y las 6 de la tarde del mismo día, llevé á aquella morada un baúl vacío; pasé el día siguiente en Niágara Falls; el 22 compré y llevé á casa el mobiliario, estufa, cama, accesorios, y el 23 las chiquilinas vinieron á visitarme por pocas horas. El 24 lo pasé en otra parte de la ciudad; el 25 fué el día fatal para las pobres jóvenes; se las vió en casa á la 1 de la tarde, y me acompañaron un momento después á algunas tiendas de paños. Finalmente, á las 4, mientras ellas quedaban en un restaurant vecino, entré en una gran tienda donde creía encontrar á la señora de Pitzel: tenía en las manos algunos trajes de invierno que había comprado para su chiquilin, ya muerto. De este encuentro, la señora de Pitzel ha dicho: « Creía que mis hijos estuviesen conmigo en la tienda. »

Inmediatamente la llevé á la casa en Vincent Streed; llegados allí, la forzè á entrar en el gran baúl, al traves de cuya cubierta había practicado un agujero. Allí la deje hasta que, al volver, la pudiera matar á mi gusto. A las 5 de la tarde tomé prestada una espada de un vecino, y corrí al hotel de la señora de Pitzel, después volví al mío donde comí y me trasladé de nuevo al de ella para ayudarla á dejar Toronto á la vuelta de Ogdensburg (N. Y.) Poco después de las 8 estaba otra vez en casa: hecha la conexión del caño de gas con el baúl aprisioné allí á las dos jovencitas y despiadadamente las hice morir asfixiadas.

Abrí el baúl y sin conmoverme al ver aquellas dos caritas ennegrecidas y desfiguradas por la contracción espasmódica de la agonía, escavé en el terreno dos agujeros de poca profundidad. desnudé completamente á mis dos víctimas y allí las acosté sin la menor ropa, cubriéndoles solo con la fría tierra que amonfoné sobre ellas.

Considerad la crueldad de mi acción: esas pequeñas, débiles é inocentes criaturas; la mayor solo tenía trece años, pálida y flaquita; parecía de mucha menos edad; considerad que desde hacía 8 años yo había sido con ella como un padre al que se confiaban, como ayuda y protección; y en vuestra justiciera conciencia haced caer sobre mi cabeza las más severas maldiciones, eso á mi poco me importa.

Y hay aquí más que añadir: el día siguiente lo empleé en quemar los vestidos de las pobres víctimas, descansando algo en la noche, del diabólico trabajo hecho. El 27 llamé un carrero, hice remover el baúl de la casa y di las llaves al vecino, y me puse en fuga para no volver más.

De Toronto fuí á Ogdensburg, de allí á Burlington, Vermont donde alquilé un cuarto amueblado para la señora Pitzel y pocos días antes de arresto en Boston, le escribí una carta en la que le daba instrucciones para que llevara una botella llena de dinamita, dejada por mí en el piso bajo. Había dispuesto el explosivo de modo que al tomar la botella para llevarla al tercer piso, se caería de sus manos y no solo la llevaría á ella al otro mundo, sino también á los dos últimos hijos que el quedaban, los cuales debían sin duda estar con

ella. Esta fué mi última acción malvada que afortunadamente fracasó. He pasado los siguientes diez ú ocho meses en una prisión solitaria; pocos días más y seré conducido al patíbulo.

Parecería llegar ahora la ocasión propicia para expresar mi aflicción y remordimiento en la que á mi entender es la última expresión pública de mis irreparables crímenes. Y bien, yo manifiesto semejante remordimiento, en la esperanza de que, á lo menos uno de los que lean enteramente este documento, pueda todavía creer que en mi depravada naturaleza hay lugar para semejante sentimiento.

H. H. HOLMES

La supresión de la apelación en lo penal

« Appelandi usus quam sit frequens, quamque necessarius, nemo est qui nesciat, quippe iniquitatem judicantium vel imperitiam recorrigat »

ULPIANO

La apelación en todos los órdenes de jurisdicción, obedece al principio de la falibilidad humana; es un medio de corregir en lo posible la impericia de un funcionario novel ó las iniquidades cometidas por ignorancia ó error, ó á sabiendas; y decimos en lo posible, por que el funcionario ó tribunal de apelación es también humano y su fallo definitivo, aunque se tenga por verdad, puede estar distante de ella.

En materia penal dos son las entidades en lucha: el estado (sociedad, pueblo) y el individuo, coincidiendo en un punto = la no condenación del inocente. El castigo del culpable es una necesidad social; y la punición, como la absolución, deben estar garantidos especialmente en los pueblos regidos por instituciones democráticas.

En un país de libertad, como el nuestro en que se encuentran garantidos por la Carta fundamental todos los derechos individuales inherentes al hombre libre, debe encontrarse igualmente garantido el derecho á la absolución y el deber de la condenación.

El P. Ejecutivo en el mensaje pasado al Congreso acompañando el proyecto de reformas á la administración de justicia, se muestra abolicionista del derecho de apelación en materia penal, "por que crear una segunda instancia es una notoria inoficiosidad de la que van apartándose

las naciones civilizadas, por los perjuicios que ella acarrea" dice dicho documento.

"Un cultivador distinguidísimo de la ciencia del derecho, un magistrado de larga y brillante carrera, un hombre dotado del sentido de la realidad", *F. Manduca*, en su obra notable sobre el "procedimiento penal y su desarrollo científico", dice tratando la cuestión:

"Ahora bien; si el doble grado de jurisdicción se basa en el peligro de cualquier omisión ó cualquier error que influya en el éxito del juicio, en la inviolabilidad de la defensa, en la eficaz garantía de la justicia, en la libertad individual, en una palabra, en la justicia, ¿se puede poner en duda en lo criminal? Si de la apelación en lo civil, es final objetivo, garantía de la propiedad real, considerada como artículo de fe social, es una especie de religión para los pueblos modernos, no es racional la teoría que quiere suprimirla en lo penal. Sagrada es la propiedad real; pero igualmente es sagrada la propiedad personal, la libertad individual, el honor del ciudadano. Del mismo modo que se puede cometer errores en lo civil, se puede cometer en lo penal; como se puede violar el derecho del propietario, se puede violar el derecho de libertad personal; como un segundo exámen de la causa es una poderosa garantía de buena justicia y hace posible la reparación de los errores judiciales en lo civil, igualmente es una poderosa y mayor garantía en lo penal, por que los errores judiciales pueden referirse no solo á la culpabilidad del acusado, sino también á la calificación jurídica dada al hecho que se le atribuye; como el principio fundamental del derecho judicial, la brevedad de los juicios, sufre una escepción en materia civil admitiendo la apelación, con mayor motivo en materia penal; en una palabra, como en lo civil, está fundada la apelación en lo penal, sobre las garantías sociales."

La cuestión sobre la supresión de la apelación en lo penal, no es nueva: los juristas de las naciones europeas la han discutido ampliamente, formándose dos escuelas; la abolicionista y la antiabolicionista. En la República Argentina creemos que la primera no encontrará écho en los hombres de la ciencia: no es suprimiendo las apelaciones que llegaremos al *desideratum* de la justicia recta y breve: á ello se oponen

nuestras costumbres, nuestra educación, y sobre todo los impulsos pasionales de nuestra raza; para que la supresión de la apelación no sea un atentado á los derechos del individuo y á los derechos de la colectividad, sería necesaria la adquisición de jueces ideales que depositaran previamente á la entrada en sus funciones, en los altares de Temis, el corazón y la corteza humana.

Ya sea uno ó sean varios los jueces que dicten la sentencia, siempre subsiste la necesidad y conveniencia de una revisión del fallo.

El P. E. no ha tocado la faz práctica de la cuestión para sostener su pensamiento: la estadística de las sentencias, confirmadas y de las revocadas ó reformadas.

Solo haremos presente, por carecer del dato estadístico, que con demasiada frecuencia el Tribunal Superior en materia criminal, ha condenado á absueltos por los jueces de sentencia ó ha absuelto á condenados á presidio, ó ha convertido esta pena en prisión: *appellatio continet iniquitatis querelam*.

La supresión de la segunda instancia es tanto más criticable, cuanto que por el proyecto de reforma judicial, se establece que los cinco jueces del crimen (de instrucción y de sentencia) fallarán en colegio las causas de su fuero, sin escluir del tribunal al juez que instruyó el proceso y que encontró mérito para elevar la causa á plenario: es la institución del jurado de ley, formado por jueces nombrados por el Poder Ejecutivo, novísima creación cuyos resultados negativos no tardarían en palparse.

Una última observación: el fundador de la escuela abolicionista, Ulpiano, no puede por menos que reconocer en la frase trascrita al principio, la necesidad de la apelación.

N. RODRIGUEZ BUSTAMANTE

Cronica Judicial

LA DÉBACLE JUDICIAL

La campaña moralizadora seguida en estos momentos contra los magistrados, como complemento del plan de reformas en la administración de justicia que actualmente se debate, ha agitado

vivamente la acción oficial en el seno de los tres poderes del Estado. La actitud del Ejecutivo, que arranca del mensaje presidencial, ha encontrado un eco decidido en la investigación parlamentaria, cuyos benéficos efectos empiezan á hacerse sentir con el aplauso unánime de la opinión.

El poder judicial, interesado, en primer lugar, en depurarse de los malos gérmenes que amenazan su prestigio ocasionando el malestar general, representado en este caso por una indiscutible mayoría de funcionarios rectos é idóneos, presta por su parte una cooperación eficaz á la comisión legislativa con la recopilación y remisión de los antecedentes necesarios á la investigación.

El resultado práctico alcanzado hasta ahora adquiere vastas proporciones con el desalojo indirecto de un ministro de la Suprema Corte de Justicia, cuya eliminación, voluntaria en la forma, forzosa en el fondo, ha dado lugar á serias conmociones en los diversos gremios de la opinión más autorizada, á las que no han sido ajenas la Facultad de Derecho y el Centro Jurídico de la capital.

La comisión legislativa trabaja empeñosamente, y es de esperarse que ante el éxito inicial de su elevada misión no desmayará en la prosecución de la campaña ante las altas influencias que pudieran desviar ó entorpecer la marcha de la clamorosa cruzada en que están comprometidos la seguridad y el crédito de la nación.

EL INDULTO PRESIDENCIAL

Hasta el momento en que cerramos esta sección son numerosas las solicitudes de gracia de penados y procesados que, con motivo de las festividades patrias celebradas, se encuentran en tramitación.

El uso y, especialmente, el abuso que se ha hecho siempre entre nosotros de esa alta prerrogativa constitucional, es uno de los factores del delito que jamás se ha pensado en remover, y que, aumentando considerablemente las probabilidades de impunidad en los delincuentes, neutraliza ó atenúa sensiblemente el efecto preventivo de las penas en su carácter de contraimpulsos á la actividad criminal.

Si tal prerrogativa es contraproducente desde el punto de vista del derecho penal, no es menos condenable ante los principios fundamentales de nuestra organización constitucional, si bien un artículo de la misma constitución la ha consagrado expresamente entre las altas atribuciones conferidas al presidente de la República, como un resabio de los arbitrios monárquicos absorbentes y de origen divino, en pugna hoy con las ideas republicanas y contradictoria con el principio de la división é independencia de los poderes del Estado.

Bajo esta última faz, el derecho de indulto ejercitado por el poder ejecutivo equivale, con respecto al poder judicial, á la facultad del veto absoluto con relación al poder legislativo, y estando prohibido esto último en nuestro régimen constitucional, no existe razón alguna para sancionar lo primero, que hace en cierto modo ilusoria la separación de los poderes.

Una ley no tiene fuerza de tal mientras no sea promulgada por el Poder Ejecutivo, que en este sentido tiene facultades colegislativas; una sentencia ejecutoriada del poder judicial tiene por sí sola la fuerza de la *res judicata* sin necesidad de aquella promulgación. Si á esta consideración se agrega que la sentencia judicial no es en el fondo más que la aplicación de una ley promulgada ya, se comprende fácilmente que el derecho de indulto resulta, en principio y teóricamente inconstitucional, máxime si se tiene en cuenta que una corruptela inveterada en la práctica del derecho de indulto lo ha hecho extensivo á los reos *sub judice* que aun no han sido condenados, lo cual importa arrebatar al poder judicial sus más claras y privativas atribuciones orgánicas.

Así entendida la prerrogativa constitucional, es manifiestamente atentatoria á la independencia de los poderes, porque de ello resulta que, en definitiva, sólo depende del presidente de la República la aplicación de condenas á los reos de delitos comunes, sujetándose á su arbitrio, en cada caso, la ejecución de una sentencia y la aplicación de una correlativa ley.

Por otra parte, el Código Penal reglamenta el ejercicio del derecho de indulto, no obstante lo cual los decretos que lo conceden han prescindido siempre de los extremos exigidos por el artículo de aquella ley, que prescribe un minimum proporcional de cumplimiento de la pena impuesta, para que sea procedente la condonación.

La facultad de indulto es, pues, penal y constitucionalmente perjudicial, y en tal concepto es tiempo ya de que desaparezca de las instituciones modernas eminentemente racionalistas, con el recuerdo de las épocas y necesidades distintas y condenadas hoy que le dieran origen.

Mientras tanto, urge reparar los abusos que han sido de práctica, sujetando la facultad excepcional á las limitaciones legales expresadas.

EL CRIMEN DEL MERCADO LIBERTAD

Prosigue activamente el sumario que instruye el juez Dr. Navarro con motivo del crimen cometido por el encausado Dones en el Mercado Libertad.

Las condiciones del reo y las circunstancias del hecho revisten especial interés, por cuya razón nos ocuparemos particularmente de este delito excepcional en los próximos números, no haciéndolo en el presente por no permitirlo el estado del sumario, incomunicación del encausado, etc.

El proceso psicológico que ha presidido la perpetración del triple delito-tentativa de violación y de homicidio de la mujer Luisa M. de Briano, y robo consumado á la empresa del Mercado, de la cual era empleado el reo, acusan en el agente una acentuada perversión del sentido moral bajo la presión impulsiva de los instintos brutales de lujuria, odio vengativo y ambición que agitan la psiquis humana y cada uno de los cuales explica, en este caso, las respectivas fases de la acción criminal.

R. DEL C.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Revistas

La Scuola Positiva — Fiesole, (Italia) — Febrero 1899.

G. SEPE, en un interesante artículo sobre *La amnistia en la conciencia nacional y en la constitución*, analiza el movimiento que actualmente se produce en Italia en favor de una completa amnistía para todos los condenados políticos. Recuerda con ese motivo el brillante discurso pronunciado por Victor Hugo en la Cámara francesa en favor de una completa amnistía para los condenados de la Comuna de París reproduciendo algunos de sus párrafos más brillantes. El autor sostiene que la conciencia nacional italiana es unánimemente favorable á la amnistía y sostiene constitucionalmente el derecho del Parlamento para intervenir en su promulgación demostrando que no es un acto de clemencia como el indulto sino un acto esencialmente político y supremamente justo; tanto que en algunas constituciones europeas no puede amnistiarse sino mediante una ley especial.

Publica el *proyecto de ley sobre delincuentes reincidentes presentado á las Cámaras por el ministro Pelloux* que, aunque informado en los criterios positivos, talla en cuanto concierne á los reincidentes políticos y en el establecimiento de la segregación para los reincidentes comunes en condiciones tales que podrían hacer de ella una simple reproducción del viejo y absurdo «domicilio coatto». La redacción promete hacer una extensa crítica del proyecto en el número siguiente.

Siempre interesante la bibliografía a cargo de Olivieri, Zerboglio, Moschini y Angiolini, y la crónica del director Enrique Ferri.

L'Humanité Nouvelle — Paris, Abril, 1899.

CÉSAR LOMBROSO estudia *la raza en la etiología del crimen*, en un artículo que constituye un capítulo del libro *Le crime, causes et remèdes* que acaba de aparecer en la Biblioteca internacional de ciencias sociológicas editada por Schleiger bajo la dirección de nuestro colaborador A. Hamon. Nos ocuparemos del libro en el número próximo.

Julián Borchard publica su discurso inaugural del curso libre de historia antigua que dicta en la Universidad Nueva de Bruselas. Informándose en el criterio marxista trata de señalar algunos rumbos y límites de las ciencias históricas. Domela Nieuwenhuis trata de demostrar que *La democracia social en el Congreso de Stuttgart* ha puesto en descubierto su tendencia oportunista dentro del movimiento socialista. Muy buenas las secciones bibliográficas de libros y revistas.

La Revista Blanca — Madrid. — 1º de Mayo de 1899.

Inspirada en criterios libertarios. Luisa Michel hace una *Crítica de congresos* en la que demuestra la ineficacia del de Roma contra los anarquistas y prevee el fracaso del de la Paz iniciado por el Czar de Rusia. La revista reproduce el artículo de Scipio Sighele sobre la obra de D'Annunzio publicado en estas columnas.

La vita Internazionale — Milan. — 20 Abril 1899

E. F. MONETA demuestra que el IV. Congreso internacional de la prensa celebrado recientemente en Roma es una de las pruebas más evidentes de la tendencia á la internacionalización de los pueblos civilizados. Alfredo Panzini sostiene que la doctrina de Nietzsche no está en armonía con la índole italiana. Interesantes las «Ideas y hechos» de H. Mildmay que informan ampliamente respecto del movimiento en favor de la paz que cada día asume mayores proporciones en todos los países europeos.

La semana médica — Buenos Aires. — N.º 18 y 19.

El n.º 18 publica el movimiento general del consultorio externo de clínica pediátrica de la casa central de la Asistencia Pública, que contiene datos interesantes para la estadística médica. Buenos juicios críticos del Dr. Francisco de Veyga sobre «L'Art dentaire en Medicine Legal» y «Epilepsia Crime», de Oscar Amodio y Afranio Peixoto, respectivamente. En el n.º 19 comienza á publicarse un estudio médico de las sierras de Córdoba, por el Dr. Enrique Tornú, que promete ser interesante. Ambos números contienen útiles notas terapéuticas.

La Revista Nacional — Buenos Aires. — Abril de 1899.

ANGEL JUSTINIANO CARRANZA comienza á publicar un interesante estudio histórico sobre *La ejecución de Liniers y sus compañeros*, lleno de datos nuevos. *Militarismo y Bancarrota* titúlase un artículo en que se estudia el problema militarista bajo su fase económica, demostrándose con acopio de cifras la influencia perniciosa del militarismo sobre los presupuestos argentinos y evidenciándose que la paz armada conducirá á la bancarrota á los pueblos americanos; por cuyos motivos su autor aboga por el desarme americano y la celebración de un tratado de arbitraje permanente. Discreta la parte literaria. Util la *Crónica de la América Latina* á cargo del director Rodolfo W. Carranza.

El Mercurio de América — Buenos Aires. — Mayo 1899.

Interesante colaboración literaria de Alberto

de Solar, Clemente Palma y Goycochea Menéndez. Malos versos franceses de Leopoldo Díaz, que los ha escrito buenos en español antes de esforzarse por ser «modernista». Una crítica de Guillermo Gambetta, de Milan, á la teoría de la «Pluralidad afectiva sexual» expuesta anteriormente en esa Revista. Buenas notas bibliográficas sobre Revistas — francesas, españolas y portuguesas — letradas americanas, francesas, italianas y brasileiras. La dirige el Sr. Eugenio Díaz Romero.

**

La Enseñanza Argentina — Buenos Aires. — Mayo 1899.

ANDRÉS FERREYRA continúa la publicación de su estudio, muy interesante, sobre *La enseñanza argentina durante la revolución é independencia*. Traducidas especialmente para la revista sigue publicando «La hipótesis de la nebulosa» de Spencer y el «Viaje al rededor de mi cuarto» de De Maistre.

**

Boletín del Instituto Geográfico Argentino — Buenos Aires. — Primer semestre de 1899.

Bajo la dirección del Sr. Francisco Seguí ha aparecido repleto de interesantes materiales un número que consta de 260 páginas. Todos los artículos son igualmente importantes é ilustrativos, representando el número que tenemos entre manos una notable contribución á la ciencia americana. «El Barco y Santiago del Estero», por S. A. Lafone Quevedo; «Monumentos Megalíticos de Colalao», por Adán Quiroga; «Notas de Arqueología Calchaquí», por J. B. Ambrosetti; «La cuestión de límites con Chile», por Eleazar Garzón; «Ortografía de los nombres guaraníes», por J. Chirapozu; «Los Querandíes», por Félix Ontes; «Apuntaciones para la Bibliografía Argentina», por E. S. Zeballos; «Camino indio entre los ríos Negro y Chubut», por Pedro Ezcurra; y varias investigaciones é informes relacionados con la muerte del explorador Ramon Lista.

**

El Sol — Buenos Aires. — Semanario.

Buena colaboración literaria y artística; dibujos interesantes de E. Schiaffino y S. Schneider.

**

Revue Illustré du Rio de la Plata — Buenos Aires. — 1º Mayo.

Interesante colaboración francesa y castellana; buenos artículos de Arthur Maury y María Krisinska. Ilustraciones correctas.

Libros

Nell' Estetica e nella Scienza — M. L. PATRIZI. — Ed., Remo Sandron. — Palermo, 1899

Digno de la brillante reputación de su autor es este libro, en que están reunidos algunos nota-

bles estudios sobre temas de actualidad científica y estética. Las *pasiones criminales de estética y de ciencia* están denunciadas con acopio de razones y de datos, mostrándose cómo en ciertos individuos la pasión por el saber ó por la belleza puede determinarlos á la realización de actos verdaderamente criminales.

Las *influencias de la música sobre la circulación cerebral* están experimentalmente probadas, pero el hecho de ser cuantitativas y no cualitativas esas influencias sobre la circulación, aunque varíe el tipo musical, alegre ó melancólico, destruye la teoría de Feré y Tarchanof.

Por otra parte, nosotros seguimos creyendo que, dadas las condiciones en que las experiencias han sido realizadas, no hay motivos experimentales suficientes para creer que el aumento de la circulación cerebral es debido á propiedades especiales de la excitación acústica, pudiendo no verse en ello más que la acción refleja del cerebro sobre la circulación, actuando como provocador de esa acción refleja un estado de atención.

Interesantes las observaciones sobre la *psicología de la curiosidad intelectual* y sobre el *melanismo de las contracciones musculares*; aboga por la naturaleza rítmica de la excitación nerviosa fisiológica, como si fuera la resultante de breves y rapidísimas sacudidas sucesivas, y demuestra ampliamente la moderna teoría de la naturaleza etánica de las contracciones musculares.

En las novelas de los Goncourt estudia los tipos psiquiátricos bien definidos. Una mitad del libro está consagrado á la polémica científica sobre Leopardi, contribuyendo el autor á hacer más incommovible la constatación de que el genial poeta italiano era un degenerado.

**

Les criminels dans l'art et la litterature — ENRIQUE FERRI. — Ed., Félix Alcan. — París, 1897.

No es un libro nuevo el que hemos recibido. Con su habitual talento demuestra Ferri que el arte elige sus tipos criminales entre los mejor caracterizados por su mayor brutalidad ó refinamiento, haciendo caso omiso de los delincuentes no característicos, para los cuales Ferri inventa la clasificación de «microbios del mundo criminal».

Estudia los crímenes de sangre en la tragedia y en el drama Macbeth, Hamlet, Otello, Los Bandidos, La muerte civil, Nerón, Cavallería Rusticana; en las novelas y dramas judiciales, á través de Sardou y Gaboriau; en Hugo; en la novela contemporánea de Zola, Bourget, Coppée y D'Annunzio; y finalmente en el arte septentrional representado por Ibsen, Tostoi y Dostoyewski. Es tan interesante como todo lo que Ferri produce.

**

L'amore nei pazzi — CÉSAR LOMBROSO. — Ed., E. Loucher. — Roma, 1881.

Es una vieja publicación que envía su autor. Interesante aunque deficiente.

JOSÉ INGENIEROS

CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el año 1898.

MOVIMIENTO DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARÍA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES					CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES VARONES DE LA CAPITAL				
	Menores	Condenados	Encausados	Total	Condenadas	Encausadas	Menores depositados	Policiales	Total	A disposición de los defensores	A disposición de la policía	Condenados	Encausados	Totales
Existencia el 31 Diciembre de 1897.	40	548	713	1301	11	56	166	—	233	—	—	—	—	—
Entrados durante el año 1898. . .	12	343	4449	4804	30	310	873	495	1708	300	64	181	343	888
Totales . .	52	891	5162	6105	41	366	1039	495	1941	300	64	181	343	888
Salidos durante el año 1898 . . .	51	249	4503	4803	15	344	816	495	1670	114	21	153	313	601
Existencia el 31 Diciembre de 1898.	1	642	659	1302	26	22	223	—	271	186	43	28	30	287

ESTADÍSTICA POLICIAL.

Delitos

NATURALEZA	Número de delitos
Contra las personas	2778
Contra la propiedad	4732
Contra la honestidad	2
Contra las garantías individuales y el orden público	776
Total . . .	8288

Contravenciones

CAUSAS	INDIVIDUOS ENTRADOS	
	En el Depar'to	En las Comisarias
Ebriedad.	20451	1711
Desorden	4069	1605
Uso de armas y otras contravenciones	4144	4948
Total . . .	28664	8264

Accidentes

Accidentes	Víctimas
2139	2162

Incendios

Incendios	Pérdidas	Valores aseg'dos
137	1653174	2122340

Suicidios y tentativas

RESULTADO	Varones	Mujeres	TOTAL
Consumados . .	85	19	104
Tentativas . . .	68	34	102
Total. . .	153	53	206

CUADROS DEMOSTRATIVOS.

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Abril de 1899.

MOVIMIENTO DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARÍA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES				CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES VARONES DE LA CAPITAL			
	Menores	Condena- dos	Encausa- dos	Total	Condena- das	Encausa- das	Menores enviados por la de- fensoría	Total	Condena- dos	Encausa- dos	Menores enviados por la defensoría	Total
Existencia el 31 Marzo de 1899 . .	—	604	812	1416	26	41	207	274	14	92	174	280
Entrados	—	21	270	291	2	34	85	121	22	42	1	65
Totales . .	—	625	1082	1707	28	75	292	395	36	134	175	345
Salidos	—	14	318	332	5	27	92	124	23	41	8	72
Existencia el 30 Abril de 1899 . .	—	611	764	1375	23	48	200	271	13	93	167	273

ESTADÍSTICA POLICIAL.

Delitos

NATURALEZA	Número de delitos
Contra las personas	200
Contra la propiedad	340
Contra la honestidad	—
Contra las garantías individuales y el orden público	38
Total . . .	578

Contravenciones

CAUSAS	INDIVIDUOS ENTRADOS	
	En el De- part'to	En las Comisarias
Ebriedad.	1702	172
Desorden	373	124
Uso de armas y otras contra- venciones	408	7015
Total . . .	2483	1011

Accidentes

Accidentes	Víctimas
195	198

Suicidios y tentativas

RESULTADO	Varones	Mujeres	TOTAL
Suicidios . . .	7	—	7
Tentativas . . .	4	2	6
Total. . .	11	2	13

Incendios

Incen- dios	Pèr- didas	Valores aseg'dos
16	36780	41000